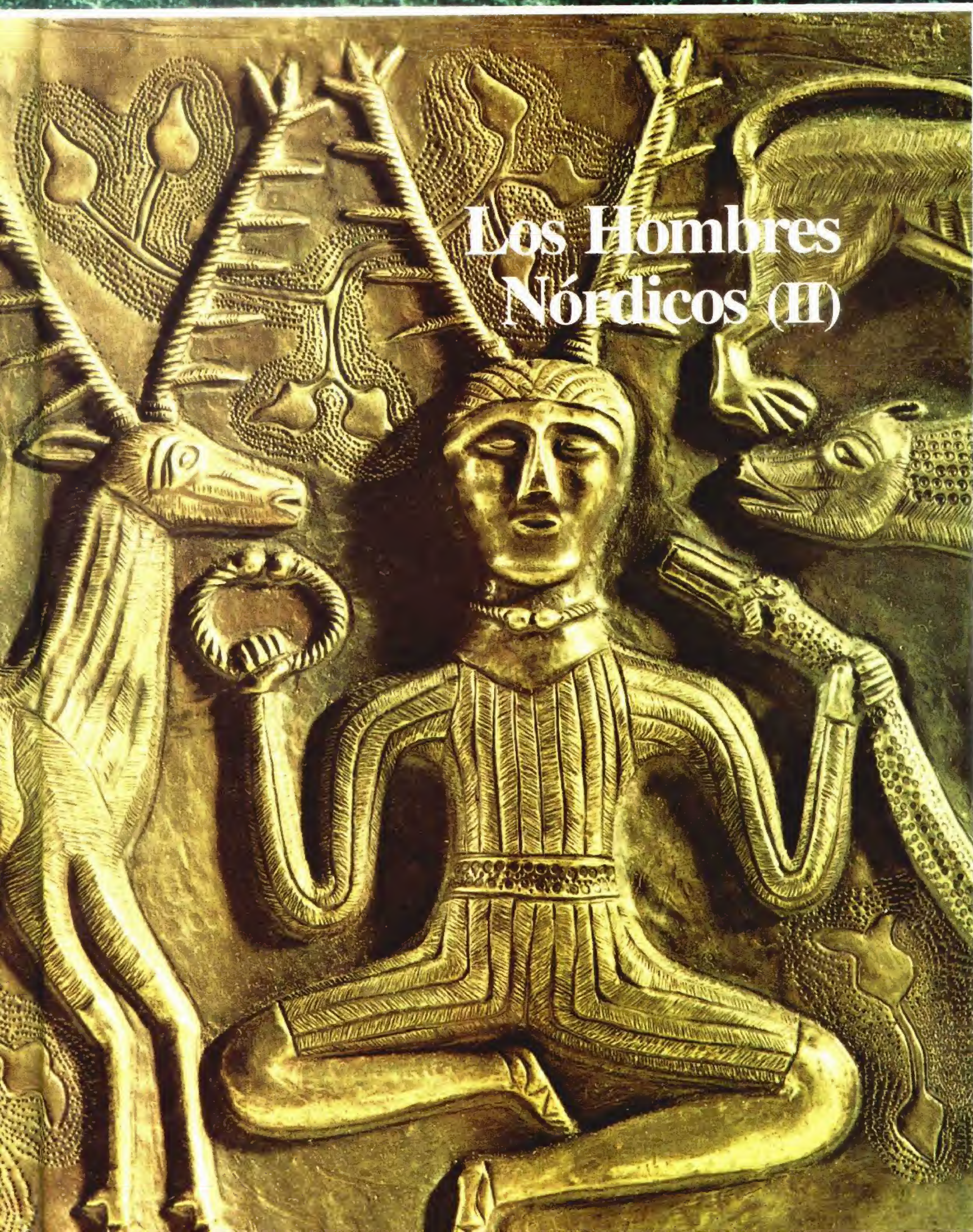


ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hombres
Nórdicos (II)

40



TIME
LIFE
folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

Los Hombres Nórdicos (II)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé

Autor: Thomas Froncek

Asesores: Birgitta Linderöth Wallace
y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology, London)

Coordinación técnica: Pilar Mora

Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:

Ediciones Folio, S.A. 21-11-94

Muntaner, 371-373

08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., 1994

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-479-5 (volumen II)

Impresión:

Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-16734-94

Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo quinto:

Una edad dorada 92

Secuencia gráfica: Valiosos tesoros de una sociedad opulenta. 119

Capítulo sexto:

Cruel entrada en la historia. 124

Secuencia gráfica: Horribles víctimas de ritos religiosos . 147

Procedencia de las ilustraciones, agradecimientos y bibliografía 156

Índice 157

La belleza realzada con la magia

Aunque los artesanos prehistóricos de Escandinavia carecían de yacimientos fácilmente explotables de oro, plata, cobre y estaño, en compensación disponían en abundancia de una valiosa materia propia: el ámbar. Desde tiempos remotos parece haber sido considerado como algo excepcional. Los primitivos cazadores de renos emplearon el ámbar para sus amuletos (*página 34*); posteriormente, los hombres nórdicos lo ensartaron para formar collares (*derecha*) o lo tallaron en forma de animales de estilo naturalista (*extremo derecho*). Como parecía captar y retener la luz del sol, el ámbar fue asociado con el culto del astro, igual que el oro en otras partes del mundo. Sus supuestas cualidades mágicas, unidas a su belleza, aumentaban su valía y estimación. Tan admirado llegó a ser en Europa, que en Roma, por ejemplo, una estatuilla de ámbar costaba más que varios esclavos.

Estas sargas de ámbar (derecha), procedentes de la Edad de Piedra, fueron usadas, probablemente como protección, por las mujeres escandinavas y sus hijos; el caballo de ámbar del milenio II a. de C. (extremo derecho), reproducido a un tamaño poco mayor que el real, servía también para preservar de las fuerzas del mal a su propietario.





Obras de artistas clásicos

Hacia el año 2000 a. de C., los escandinavos comenzaron a entrar en relación directa con los pueblos del sur de Europa. Inmediatamente, éstos quedaron maravillados por las posibilidades decorativas del ámbar y los del norte, a su vez, se sintieron atraídos por las aplicaciones del metal, cuyo conocimiento era para ellos reciente.

El ámbar, como medio de trueque por metal, comenzó a fluir hacia el sur a través de una amplia red de rutas comerciales que se desarrolló durante la Edad del Bronce escandinava. Los artífices del sur empezaron pronto a tallar el ámbar del norte y crearon una extensa serie de fantásticos ejemplares para sus opulentos clientes. El ámbar llegó a ser el capricho de las clases aristocráticas, primero en Grecia y después en Roma. Una leyenda griega aseguraba que estaba formado por las lágrimas solidificadas de las hermanas de Faetón, un joven al que Júpiter fulminó con un rayo por conducir el carro del dios sol.

En manos de los artistas del sur, en los siglos anteriores y posteriores a Cristo, el ámbar cobró formas tan diversas como éstas: un tarro adornado con cupidos (1); una tapadera en forma de sátiro (2); una mujer colocada en pie detrás de un hombre (3); una escultura de un sátiro (4); un broche con bandas de oro y ámbar (5) y un pájaro (6). La mayor de estas piezas no alcanza los 13 cm de longitud.





6



4



5

Capítulo quinto: Una edad dorada



Si los modernos escandinavos echan una ojeada retrospectiva a la Edad del Bronce, se encontrarán literalmente cara a cara con sus antepasados. Existen, por ejemplo, los restos de la joven de Egtved, en el este de Jutlandia (página 99). Esbelta, rubia, de 20 años escasos, fue colocada hace más de 3.000 años en un ataúd vaciado en un tronco de roble. Su cabello se extiende sobre su rostro y sus uñas están cuidadosamente recortadas. Tiene puesto un jubón de lana de color pardo, con mangas hasta los codos, y un falde-llín de cordones de lana sueltos, que acaba bastante por encima de sus rodillas. Atados a su cinturón hay un peine y un pequeño disco de bronce con una punta en su centro, grabado con dibujos en espiral; lleva en sus muñecas sendas pulseras de bronce. Una suave manta de piel de vaca envuelve el cuerpo de la joven, en cuyo ataúd, antes de que se cerrase, alguien depositó un ramillete de milenrama florido, ofrenda de la estación: el verano.

También está la joven de Skrydstrup, un poco al sur de Egtved. Tiene cabello rubio ceniza, es alta y delgada, con cara estrecha y agraciada y largas pestañas. Cubre su cabeza un gorro calado, tejido con crines de caballo, y calzan sus pies mocasines de cuero. De sus orejas cuelgan pendientes de oro puro. Su jubón es de lana, así como la larga falda que le llega hasta los tobillos, parecida a las bastas ropas que llevaban las campesinas medievales. Pero la joven de Skrydstrup, como la de Egtved, no era una pobre

campesina. Su féretro fue enterrado en un gran túmulo de tierra, de 12 metros de diámetro y 1,50 de alto, como correspondía a una persona de elevado rango.

Hay otros cuerpos. De varios enterramientos daneses de la Edad del Bronce proceden los restos de: un viejo de cabello rubio, bien afeitado, vestido con un manto y una túnica de lana, y cubierto con un sombrero, también de lana; un joven envuelto en una capa y calzado con mocasines de cuero, con una espada de bronce cruzada sobre el pecho; una mujer adulta, acaso de 50 ó 60 años, con un collar de bronce en torno a su cuello y adornos de bronce en su falda, y con un puñal, un peine y un disco con una punta en su centro —todos del mismo metal— suspendidos de su cinto. Ninguno de estos tres cadáveres está tan bien conservado como las jóvenes de Egtved y Skrydstrup; pero todos estos restos, junto con otros muchos, dan más vida a un período de la prehistoria escandinava que la que proporcionan los utensilios.

Estas fueron las gentes que introdujeron a Escandinavia en una edad dorada. Fueron ellos quienes, en unión de sus ricos contemporáneos, mandaron hacer los resplandecientes adornos de bronce y oro, los que esgrimieron las espadas, hachas y dagas de bronce que se hallan abundantemente por todo el territorio nórdico. También fueron ellos los responsables de que el paisaje del sur de Escandinavia esté cubierto por doquier de enormes túmulos sepulcrales. Ahora bien, ¿por qué los restos de algunos de ellos se han conservado mientras tantas generaciones posteriores han desaparecido sin dejar rastro? La respuesta está en la forma como fueron enterrados: en ataúdes de roble depositados en capas de subsuelo compacto rodeadas de tierra húmeda.

En circunstancias normales, todo lo que es enterrado se pudre más tarde o más temprano por la acción conjunta de las bacterias, el agua de las lluvias y el aire que se filtra a través del suelo. Los metales se oxidan y los cuerpos, con sus vestidos y féretro, se

Estos sinuosos instrumentos musicales, llamados lures, atestiguan la destreza de los metalúrgicos escandinavos de la Edad del Bronce. Miden 1,20 m de largo y están formados por secciones de bronce fundidas por separado y unidas mediante anillos; pueden desmontarse para facilitar su transporte. Dado que muchos de estos instrumentos de sonido grave, encontrados generalmente en parejas, han sido recuperados en turberas sagradas, los arqueólogos creen que se empleaban durante ceremonias y eran ofrendados a los dioses.

descomponen. Pero si el féretro se coloca sobre tierra endurecida, arcilla e incluso sobre hiladas compactas de brezo, la infiltración del agua es contenida; el suelo inmediato se satura y el agua llena el ataúd; los agentes químicos se infiltran de la tierra a éste, pero no el oxígeno ni las bacterias. Esto es lo que sucedió en algunos de los túmulos sepulcrales de la Edad del Bronce en Escandinavia. Al mismo tiempo, los féretros de roble, anegados de agua, liberaban su ácido tánico, de forma que los cuerpos encerrados en ellos se curtían, lo mismo que sucede a veces con el cuero cuando se le entierra con trozos de corteza de roble. Shakespeare atribuye al sepulturero de *Hamlet* un cierto conocimiento de este fenómeno.

—¿Cuánto tiempo podrá estar enterrado un hombre sin descomponerse? —pregunta el melancólico príncipe de Dinamarca.

—Pues —replica el enterrador—, si él no se corrompía ya en vida (...), podrá durar cosa de ocho o nueve años. Un curtidor durará nueve años seguramente.

—¿Pues qué tiene él más que otro cualquiera?

—Lo que tiene es un pellejo tan curtido ya por morde su ejercicio, que puede resistir mucho tiempo el agua; y el agua, señor mío, es la cosa que más pronto destruye a los muertos.

Con la ayuda del mudo testimonio de los féretros de roble, es posible reunir detalles íntimos de la vida y la muerte en una época que transcurrió hace mucho tiempo. Pero para conocer la historia completa de aquella edad es preciso retroceder hasta unos 900 años antes que la muchacha de Egtved hubiera nacido: hacia el año 2400 a. de C.

Hace unos 4.300 años, los escandinavos todavía no habían aprendido el arte de la metalurgia, aunque unos pocos hombres de la cultura del vaso campaniforme, caldereros ambulantes que recorrían Europa, habían llegado, según parece, a Escandinavia y habían dejado a sus habitantes maravillados por su destreza



Este misterioso objeto de bronce, descubierto en el sur de Suecia, consiste en una plancha circular de 40 cm de diámetro que descansa sobre un soporte formado por 10 piezas cuyo conjunto forma un dibujo calado. Relacionado en algún aspecto con el culto al Sol, unos expertos lo han interpretado como un altar y otros como un tambor sagrado. Lo único seguro es que procede de la Europa central; una pieza análoga ha aparecido en Hungría.

para fundir y transformar un metal brillante que muy pocos o ninguno habían visto antes: el cobre. Por la misma época, otro grupo de gentes probablemente comenzó a hacer sentir su presencia entre los agricultores, cazadores y pescadores de las tierras nórdicas. Parece que bandas de pastores nómadas, procedentes de tierras mucho más al este, irrumpieron en Jutlandia e islas danesas durante el mismo período. Blandiendo sus hachas de combate, que llegaron a ser su distintivo, estos agresivos vagabundos pudieron apoderarse de toda la tierra que necesitaban.

Los pueblos del hacha de combate no eran más que una pequeña parte del gran número de tribus que habían salido de las desoladas estepas de la Rusia central durante varias generaciones, en busca de mejores pastos para sus caballos, vacas, ovejas y cabras. Acompañados por el ganado, se adentraron en la Europa occidental; unos se desviaron hacia el sur y penetraron en Grecia y Macedonia, mientras que otros, dando un largo rodeo a través de Alemania, se establecieron en Escandinavia.

Dondequiera que fueran, estas hordas tenían una enorme ventaja: el caballo. Aunque probablemente no habían aprendido aún a montar a este animal, lo empleaban, igual que a los bueyes, para arrastrar vehículos, lo que les daba una movilidad sin precedentes. Enganchadas a carretas, las bestias les facilitaban el transporte de sus familias y enseres domésticos a grandes distancias.

El recorrido de estas tribus está señalado en todas partes por las tumbas en que enterraban a sus muertos. No empleaban las sepulturas pétreas del dolmen sencillo ni de los dólmenes de corredor, sino pequeños túmulos de tierra contruidos para contener un solo cuerpo; sin embargo, con el paso del tiempo aquéllos fueron hechos más altos y anchos, y las generaciones siguientes enterraron a sus difuntos en la cima de los túmulos. Los cadáveres eran siempre depositados de costado y mirando hacia el sur, cos-

tumbre que probablemente procedía de las estepas rusas. El cuerpo de un varón era invariablemente acompañado por una primorosa hacha de combate, hecha de piedra finamente pulimentada. Por una curiosa inversión cultural, esta hacha era copia de un arma de cobre que los invasores habían empleado en las estepas de su país de origen; incluso imitaba el borde saliente de un resalte de la fundición.

La invasión de Europa por los pastores nómadas no fue un asalto organizado, sino que transcurrió durante varias generaciones. Tampoco parece que fuese especialmente violenta. Puede que hubiera hogares y poblados atacados e incendiados. Sin embargo, la mayoría de las veces los recién llegados se establecieron pacíficamente al lado de la población nativa y tomaron posesión de las tierras alejadas de las superficies cultivadas, allí donde el suelo era demasiado pobre para la siembra, pero lo bastante fértil para obtener buenos pastos con los que alimentar sus grandes rebaños de ganado vacuno, ovino y caprino. La influencia de los nuevos inmigrantes sobre los agricultores fue lenta, pero intensa; y acaso se extendió incluso al lenguaje. Como los pueblos de las estepas, según se cree, hablaban un idioma indoeuropeo, probablemente a través de ellos algunas lenguas modernas de Europa, incluso las germánicas de Escandinavia, empezaron a cobrar forma.

El influjo cultural de éstos, por intenso que fuera, no fue unilateral: en los países del norte, por ejemplo, las gentes del hacha de combate, que llegaron allí hacia mediados del milenio III a. de C., acabaron tan influidas por los indígenas como éstos por aquéllas. Con el transcurso del tiempo, los recién llegados adoptaron las hachas, puñales, lanzas y flechas usados por los agricultores aborígenes. Llegaron incluso a practicar algunas faenas de labranza, al mismo tiempo que su habitual cría de ganado. Lo mismo que los agricultores, fueron influidos por los metalúrgicos del sur, de tal forma que hacia el año 2000 a. de C.





las tumbas de la cultura del hacha de combate comenzaron a contener hachas y puñales de cobre, así como brazaletes espiriformes del mismo metal.

De esta forma, las diferencias culturales entre los diversos pueblos residentes en el sur de Escandinavia fueron desapareciendo poco a poco. Agricultores, cazadores, pescadores, pastores, artesanos y comerciantes intercambiaron entre sí sus costumbres y casaban a sus hijos entre sí. Al comienzo del milenio II a. de C. las costumbres, utensilios, armas, alfarería y ceremonias funerarias se habían hecho prácticamente uniformes.

Durante este período de fusión y mestizaje, en los primeros siglos del segundo milenio antes de nuestra era, los hombres del norte dieron los primeros pasos en la producción del bronce. Varios siglos después figuraban entre los mejores artesanos de este metal de Europa, a pesar de que Escandinavia carecía de reservas fácilmente explotables de cobre y estaño, los dos metales con que se fabrica el bronce.

El primer metal de este género que entró en Escandinavia llegó de las regiones de Gran Bretaña y Europa central que poseían cobre y estaño. Es probable que fuera transportado en gran cantidad por los forjadores ambulantes que habían abandonado aquellos países para buscar mercados en otras partes. Una vez establecidos en Escandinavia, obtenían sus materias primas en los ricos yacimientos metalíferos de la Europa central: desde las minas de Alemania, Austria, Hungría y Checoslovaquia, los traficantes llevaban los metales al norte siguiendo el curso del Elba.

Este disco chapado en oro, de 25 cm de diámetro, se apoya en un carro de bronce tirado por un caballo del mismo metal. Data del año 1000 a. de C. y fue desenterrado en la turbera danesa de Trundholm en 1902 por un labrador, quien lo regaló a su hija como juguete. El carro del Sol, ahora en el Museo Nacional, probablemente simboliza la creencia de que un caballo tiraba del Sol a través de los cielos.

Los escandinavos aprendieron probablemente de los británicos y otros europeos el arte de fundir cobre y estaño, alearlos en las debidas proporciones y fabricar moldes de piedra y arcilla en los que el metal fundido habría de ser vertido. Como los primeros maestros de los escandinavos eran extranjeros, no es extraño que los primeros bronce nórdicos sólo fueran burdas copias de los modelos británicos y europeos. Pero la habilidad de los indígenas progresó, y más tarde los fundidores del norte emplearon la técnica de la cera perdida para producir objetos refinados y originales. (En la fundición a la cera perdida se hace un molde de esta materia, que se cubre con arcilla y se calienta hasta que la cera se derrite y queda sólo el molde, en el cual se vierte el metal fundido.)

Al llegar el año 1500 a. de C., los escandinavos habían aventajado a sus maestros en la habilidad y delicadeza con que transformaban el metal bruto en productos acabados. Por todo el sur de Escandinavia—Dinamarca, Suecia y Noruega—los arqueólogos han descubierto los tesoros de los artesanos nativos, enterrados para su custodia y nunca desenterrados, así como vestigios de sus talleres. Moldes de todas clases, así como piezas sin terminar, crisoles de arcilla y piedra, yunques, martillos, cinceles, punzones, leznas y cuchillos atestiguan la variedad de actividades de aquellos artesanos. En el yacimiento de un poblado de la Edad del Bronce próximo a Estocolmo, los arqueólogos descubrieron tantas señales de metalurgia que parece que gran parte del lugar había estado dedicada a la producción de bronce.

Aunque los objetos finos de este metal eran muy admirados, todavía resultaban raros y caros. Por esta razón, para satisfacer los deseos de ciertos clientes, los artesanos—como en tiempo de los antiguos pueblos del hacha de combate—empezaron a producir objetos de piedra que eran copia exacta de los prototipos de bronce. En la isla danesa de Funen, por ejemplo, ha aparecido un puñal de sílex que es una ré-

plica de un modelo de bronce, desde la punta hasta la empuñadura en forma de cola de pez. Pero a veces los artesanos llegaban en su destreza hasta construir ejemplares fuera de lo corriente. También se encontró en Funen una copia en sílex de una espada curva de bronce. Empleada para un propósito que no fuera ceremonial o decorativo, tal espada se habría quebrado al primer golpe.

La diversidad de objetos de bronce producidos por los antiguos artesanos escandinavos es notable. Además de hachas, espadas y puñales, se ha descubierto gran variedad de artículos de diversa factura: alfileres, collares, navajas de afeitar, pinzas y, lo más asombroso de todo, instrumentos musicales. Las magníficas trompas de ceremonia llamadas *lures* son diferentes de los demás objetos de bronce hallados en otros lugares de Europa. Estos elegantes instrumentos musicales no tienen nunca menos de 90 cm de longitud, y algunos llegan hasta 1,50 metros. Fueron fundidos por secciones, empalmadas después para formar una doble curva; parece ser que fueron siempre contruidos por parejas y curvados en direcciones opuestas, como los cuernos de un toro. Los especialistas suponen que se empleaban también por parejas. Podían producir, como han demostrado los experimentos realizados, todas las notas de la escala; compositores modernos escandinavos han empleado los *lures* en la ejecución de piezas orquestales, aunque un prehistoriador se creyó obligado a reconocer que “sin gran éxito”.

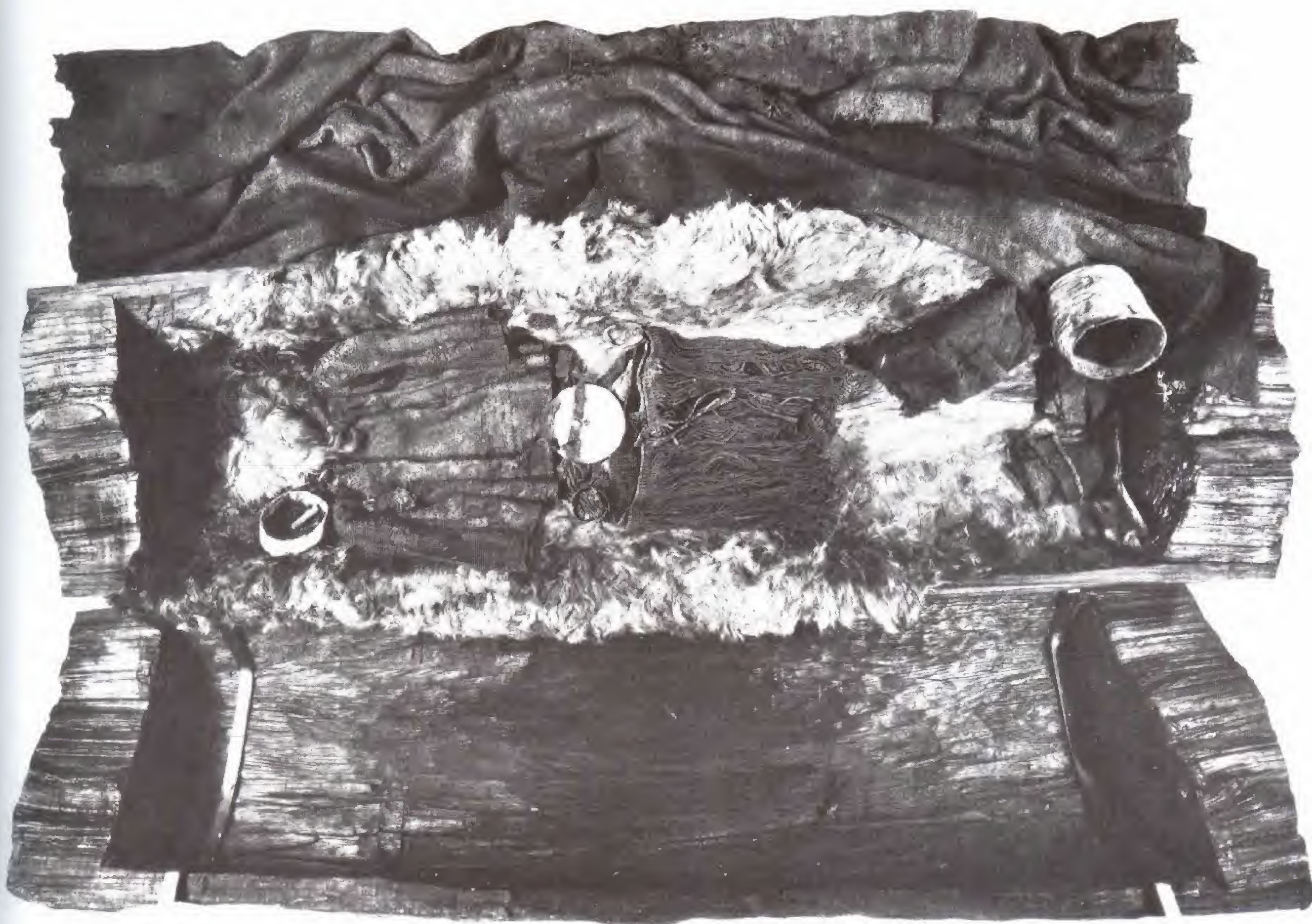
La mayor parte del trabajo metalúrgico se efectuó en el sur de Escandinavia. Los objetos de bronce rara vez aparecen en regiones situadas más al norte, y los que se encuentran fueron probablemente llevados allí por los comerciantes; aquella zona permaneció relativamente libre de las influencias del resto de Europa. Como los escandinavos cercanos al círculo polar Ártico estaban tan alejados de las fuentes de los metales, y dado que la crudeza del clima y la aspereza

(Texto continúa en la pág. 103)

Tesoros guardados para la eternidad en féretros de roble

Diseminados por la fértil campiña de Dinamarca se encuentran más de 300 montículos cubriendo los restos de hombres y mujeres de la Edad del Bronce. En unos pocos casos, el agua se ha combinado con los agentes químicos del suelo para contribuir a conservar no sólo los féretros de roble y los cuerpos encerrados en ellos, sino también sus vestidos. El contenido de las tumbas de las mujeres ofrece una impresionante visión de la elegancia y el lujo que reinaban hacia el año 1500 a. de C. En las siguientes páginas pueden verse imágenes de las vestiduras y tesoros que se hallaron enterrados con la muchacha de Egtved (*abajo*) y con otras mujeres prehistóricas danesas. La calidad de sus efectos y la cuidada forma en que fueron enterradas indican que aquellas mujeres no eran plebeyas, sino miembros altamente considerados en la sociedad.

Este féretro de roble, de 3.500 años de antigüedad, fue hallado en 1921 en Egtved, Jutlandia, y contiene los vestidos, adornos y rubios cabellos de una joven. Enterrados con ella se hallaban los huesos incinerados de un niño de siete años, probablemente ofrecido como sacrificio.



Vestuario de las mujeres ricas

Las mujeres ricas de la Edad del Bronce eran enterradas con objetos correspondientes a su posición social, entre ellos joyas y aun armas de bella factura, como el puñal de bronce que figura a la derecha. Algunas vestían ropas de lana finamente tejidas, notables a los ojos modernos por la cortedad de sus faldas compuestas de cordones sueltos (extremo derecho). Cuando las llevaban así en vida, también se ponían discos en el cinturón (abajo), acaso como señal de decoro o como una advertencia a los hombres agresivos. Estas pequeñas y puntiaguas rodela se balanceaban colgadas de los talles de sus dueñas.



Dibujos en espiral decoran este disco de cintura (abajo) y parte de un brazalete



Este puñal de bronce, de doble filo, es una réplica en miniatura de la espada de un hombre. Las mujeres acomodadas llevaban estas armas, signo de su rango, en sus cinturas como protección contra posibles ataques.



El jubón, el cinturón y la falda de la muchacha de Egtved (página 99) representan la cumbre de la elegancia en la Edad del Bronce. El jubón de lana es una prenda de una sola pieza, cosida por un costado y con una abertura para el cuello y la cabeza.

La complicada minifalda está confeccionada con un cordón continuo de lana trenzada, que va de arriba abajo formando un conjunto de flecos atados.



Esta peineta de bronce, de hermosa traza, fue hallada en una tumba de Jutlandia y data de unos 1.500 años a. de C. Curiosamente, estas peinetas siempre cuelgan de los cinturones de las mujeres muertas; parece ser que nunca se colocaban en el cabello de éstas cuando se las enterraba.



del terreno eran poco adecuadas para la agricultura y la ganadería, aquéllos siguieron viviendo como los cazadores y pescadores de la Edad de Piedra.

Dinamarca fue el auténtico centro de la industria escandinava del bronce y el eje de la cultura de la Edad del Bronce: en parte, porque el país estaba muy cercano a las fuentes de los minerales; y, en parte, porque las costas danesas, ricas en ámbar, proporcionaban una fácil y al parecer inagotable provisión de riqueza canjeable por cobre y estaño.

Dinamarca era normalmente la primera de las tierras escandinavas en recibir la influencia de las nuevas culturas procedentes del sur. Por esta causa llegó a ser la ruta que seguían muchos de los géneros importados a las tierras del norte y exportados desde las mismas. Desde ella, por las rutas comerciales terrestres y marítimas, salían ámbar y pieles para otras regiones de Europa; y a través de ella cobre, estaño, bronce y oro, en forma de lingotes o de artículos manufacturados según los últimos estilos, entraban en Dinamarca para seguir camino hasta la Península Escandinava.

Los daneses, por cuyas manos pasaba este tráfico de metales, pieles y ámbar, se hicieron inmensamente ricos y poderosos. No cabe duda que los más opulentos construyeron para sí y para sus seres queridos los grandes túmulos sepulcrales de los que proceden los ataúdes de roble. Pero el tráfico también beneficiaba al pueblo bajo: los metalúrgicos y los agricultores redondeaban sus ingresos trabajando como constructores de barcos y buscadores de ámbar.

Hasta los labradores más pobres deben de haber participado en algún grado en la general abundancia, aunque ellos probablemente obtenían un beneficio más inmediato del cálido y soleado clima que disfrutaba el sur de Escandinavia durante la Edad del Bronce, con temperaturas más elevadas que las de hoy. Gracias a este don de la naturaleza, sus campos producían abundantes cosechas de cereales y otros

alimentos, y vivir de la tierra sería más fácil que en épocas anteriores.

En la cumbre de la nueva prosperidad de Dinamarca se hallaban los puertos y centros comerciales situados a lo largo de la costa occidental de Jutlandia y en las islas. Desgraciadamente, no se ha descubierto hasta ahora un poblado costero completo, pues algunos de tales lugares permanecen hoy bajo las aguas. Por tanto, cualquier descripción de las actividades que se llevaban a cabo en ellos hace 3.500 años tiene que inferirse de hallazgos realizados en yacimientos, turberas y tumbas.

Es un día soleado de verano, hacia el año 1400 a. de C. En un centro comercial danés, situado en la costa occidental de Jutlandia, una larga embarcación de doble proa tripulada por una veintena de atezados remeros de cabellos descoloridos por el sol acaba de regresar de un viaje a la desembocadura del Elba. Habían llevado a un puerto extranjero ámbar y pieles de zorros, focas, martas y osos traídas a Jutlandia desde Suecia, Noruega y Finlandia. Más gruesas y mejores que las procedentes de climas más cálidos, las pieles del norte eran muy apreciadas en la Europa central. Ahora, en su viaje de regreso, los marineros traen lingotes de cobre, estaño y bronce.

El puerto de origen de los marinos no es importante: poco más que un conjunto de casas rectangulares enlucidas de barro, con techos de paja. En este día, la tranquila playa se ha convertido rápidamente en un improvisado mercado lleno de bullicio y parloteo. Las gentes del poblado y los mercaderes del interior han llegado a dar la bienvenida a los navegantes, a calcular la cantidad y valor del cargamento y a regatear el precio de los metales y exóticas fruslerías que los marinos han recogido en el extranjero. Cerca de la muchedumbre, una hilera de caballos y carros de bueyes esperan carga para el viaje al interior. La gente ríe, chilla, discute; cada uno trata de hacer el mejor negocio.

Un mercado es siempre un buen lugar para observar a un pueblo en toda su variedad. Aquí, entre el clamor y la mezcla de olores del aire salobre y los cuerpos sudorosos, un forastero puede hacerse una idea sobre la población local. Lo primero que llama la atención es que la mayoría son rubios. Casi todos llevan ropas tejidas con burda lana del país, de tonos que van desde pardo a negro. Los hombres aparecen bien aseados, con la cara afeitada y el cabello corto. Todos llevan túnicas hasta las rodillas, sujetas a un hombro por dos correas y recogidas en el talle por un cinturón de cuerdas trenzadas o de cuero. En los días lluviosos o fríos usan largas capas de forma ovalada, dobladas en el cuello formando una especie de esclavina. Normalmente se cubren la cabeza con un gorro redondo de fieltro y calzan sandalias de cuero atadas con correas a los tobillos. A veces, para abrigarse, se ponen medias de paño.

Las mujeres también se visten de lana, pero sus trajes son más variados, así como la forma del peinado. Unas llevan el cabello corto, estilo paje; otras se lo dejan largo y lo recogen sobre la cabeza formando complicados moños que sujetan con redecillas. Muchas llevan camisas de amplio cuello, con mangas tres cuartos; algunas camisas tienen bordados de lana de diversos colores, que se combinan formando dibujos. Las faldas son, o bien largas hasta los tobillos, recogidas y sujetas a la cintura por un ceñidor, o bien muy cortas.

En ningún otro lugar del mundo, ni en ninguna otra época en Escandinavia que no fueran los siglos de clima cálido y soleado de la Edad del Bronce, se llevaba la falda tan corta; sólo llegaba desde las caderas hasta medio muslo (*página 101*). En realidad, es sólo un conjunto de flecos de lana, reunidos arriba y abajo por sendas tiras trenzadas, que daba dos vueltas alrededor del cuerpo. Entre los bajos de la blusa y el borde superior de la falda no había nada, excepto la pálida piel.

Algunas mujeres de las clases acaudaladas moderaban esta provocativa vestimenta añadiendo a sus cinturones un disco de bronce, de unos 15 cm de diámetro, de cuyo centro sobresale un pitón. (Este atemorizador objeto ha sido descrito por un investigador de la prehistoria como "una expresión de la absoluta inviolabilidad de la mujer de la clase elevada. Por dondequiera que fuese, reluciente con el metal, los hombres del pueblo bajo debían renunciar a sus fantasías galantes.")

Contemplando a la muchedumbre en el bullicioso mercado, un espectador podría darse cuenta de otro aspecto curioso de los vestidos del pueblo. Aunque todos, tanto los de los hombres como los de las mujeres, son de lana, algunos dan la impresión de estar confeccionados con pieles de animales. El rizado pelaje tiene la apariencia y suavidad de la piel, y las túnicas y capas de los hombres están hechas de tiras de paño cuyas dimensiones y forma se parecen a las de las de la piel del ciervo; las largas bandas que pasan sobre un hombro parecen las patas de este animal. Hasta la manera como están unidas las piezas es análoga a la empleada para las pieles: imbricadas en vez de cosidas por los bordes. Puede asegurarse que, aunque el clima se ha vuelto cálido y la vida ha evolucionado, las pieles y zaleas todavía tienen cierto prestigio y las prendas de lana para el verano son confeccionadas al estilo de aquéllas.

Otra cosa que podría notar el atento observador es la facilidad con que se puede distinguir quién pertenece a la clase acomodada y quién al pueblo llano. Aunque los vestidos de todos ellos son esencialmente iguales en corte y tejido, los de los ricos van embellecidos con adornos de bronce y oro que los pobres no pueden adquirir. Aquéllos sujetan sus capas al hombro con prendedores y broches de bronce, y llevan puñales y espadas de este metal. Algunos portan también escudos, y uno se cubre con un espléndido casco, también de bronce. Del casco sobresalen dos cuernos



Instrumentos de tocador meticulosamente contruidos acompañaban con frecuencia a la tumba a los escandinavos de la Edad del Bronce: navajas de afeitar (abajo, a tamaño doble del natural); punzones (a la izquierda, a tamaño real), para limpieza de uñas y orejas; y pinzas (en el centro, a tamaño tres veces mayor), que por lo que revelan los cuerpos de las turberas fueron empleadas para depilar las cejas.

JUEGO DE PUNZONES Y PINZAS DE BRONCE



PINZAS DE EXTREMOS ANCHOS



NAVAJA DE AFEITAR CON LA IMAGEN DE UN BARCO

curvados hacia arriba. (La creencia de que los vikingos, varios siglos más tarde, usaban cascos con cuernos es errónea; los llevaban de hierro, de forma cónica.)

Aunque este atuendo militar sugiere hazañas guerreras, puede que tuviera otra función. Si el observador lo viese de cerca, se daría cuenta de que las espadas muestran pocas señales de haber sido empleadas; en cualquier caso, resultarían demasiado frágiles y embarazosas para ser útiles en el combate a sus poseedores. Las armas se llevan probablemente tanto para adorno como para defensa.

Las mujeres van engalanadas de manera similar. Además del disco de la cintura con su amedrentador pitón, llevan un puñal de bronce. Acaso esta arma, como las espadas de los hombres, sea un signo de jerarquía, aunque sin duda servía también para cortar alimentos y telas. De carácter decididamente más femenino son los collares, pendientes y dijes de oro, de forma sencilla y francamente bellos.

Paulatinamente, mientras las transacciones llegan a su fin, el improvisado mercado se va quedando desierto. Las caravanas se van; los recién llegados marineros se marchan a divertirse o a dormir; y otro barco mercante zarpa cargado de pieles y ámbar. La gente regresa a sus casas, sus talleres o sus campos para reemprender sus actividades cotidianas.

Cerca de una de las casas, un fundidor, con su fuego encendido, se dispone a mezclar el cobre y el estaño que acaba de adquirir. Mientras dosifica los metales, da vueltas en su cabeza a varias ideas para incorporar a su repertorio habitual algunos de los nuevos modelos que acaba de ver en el mercado entre los géneros importados.

Si le quedara tiempo para recorrer el poblado y ver a todos sus habitantes, el forastero hallaría el trabajo de los alfareros mucho menos inspirado que el de los artesanos del bronce. Aunque bien realizadas e incluso agraciadas, las vasijas carecen de orna-



Con su esbelta figura doblada hacia atrás en graciosa curva, esta acrobática danzarina de bronce, de 5 cm de altura, sólo lleva un tocado, un collar y la corta falda de cuerdas típica de la Edad del Bronce danesa.



mentación; al contrario que las de finales de la Edad de Piedra, profusamente decoradas, éstas parecen ser estrictamente utilitarias. Acaso los alfareros han sido derrotados por las magníficas escudillas y tazas de bronce, artesanía con la cual no se creen capaces de competir. Es probable que exista menos demanda para sus productos ahora que los cuencos de madera, tallados con herramientas de bronce, se han difundido cada vez más; éstos son más duraderos y menos frágiles que los hechos de arcilla. Probablemente los mejores alfareros, o miembros de sus familias, se han pasado al bronce, pues conocen el empleo del fuego, después de largos años de trabajo en los hornos, lo cual podía darles ventaja en el dominio de la técnica de la fundición.

La destreza acumulada durante generaciones se había aplicado al desarrollo de otra artesanía importante practicada en el poblado: el tejido. Desde la época maglemosiense, por lo menos, los hombres sabían construir nasas y redes para la pesca trenzando juncos, tiras de corteza de árbol o hebras de pieles de animales; incluso las paredes de sus viviendas estaban formadas de flexibles ramas de árboles entretejidas. Poco a poco estos conocimientos se habían perfeccionado con la ayuda de influencias foráneas, algunas procedentes de regiones tan lejanas como Grecia.

Sin embargo, los procedimientos de los lugareños eran bastante rudimentarios. Durante el otoño anterior, cuando una parte de las ovejas era sacrificada para obtener alimento, los tejedores obtenían lana arrancando los cortos vellones de verano de las pieles. Al final de la primavera, cuando los rebaños mudaban la lana y ésta se hallaba en las mejores condiciones —larga, espesa y grasienta a consecuencia del crecimiento invernal—, nuevamente los tejedores hacían acopio de los vellones. De este modo, mezclando la lana gruesa y la fina, la clara y la oscura, los tejedores podían variar la textura y el color del paño elaborado. Además, cuando la cantidad de



Aunque moldeadas al final de la Edad del Bronce, estas dos puntas de lanza con aristas conservan la forma y los sencillos, pero mortales, filos de las primitivas puntas de sílex.

Armería de bronce

La introducción del bronce en Escandinavia, unos 1.800 años a. de C., causó una revolución en el armamento al desplazar al sílex como material básico de las armas. El bronce tenía evidentes ventajas sobre la piedra. Una de ellas era que podía emplearse para hacer un mortífero instrumento militar nuevo en el norte: la espada. Pero el bronce tenía también sus inconvenientes. Era recio, pero quebradizo, y las espadas hechas con él sólo podían usarse eficazmente como armas para pinchar; los guerreros que querían acuchillar con ellas corrían el riesgo de que se les rompieran en el combate.

A pesar de todo, las espadas de bronce eran muy solicitadas, y los metalúrgicos ponían un celo extremado en su fabricación. Frecuentemente se fundían junto con la hoja complicadas empuñaduras formando una sola pieza, y muchas veces tenían incrustaciones de diversos materiales decorativos (*abajo, a la derecha*). Es interesante el hecho de que pocas de las espadas recogidas en tumbas y turberas presenten señales de haber sido empleadas en la guerra, lo cual induce a los arqueólogos a creer que dichas armas tenían una misión no sólo militar sino también suntuaria, simbolizando rango o autoridad.

El arma más útil de la Edad del Bronce fue casi seguramente el hacha de combate. A lo largo de su desarrollo, la pala del hacha se hizo más pequeña (*a la derecha, arriba, en su molde de fundición*) y fue enmangada al extremo de una corta estaca. El resultado fue un arma ligera y bien equilibrada, con un mortífero poder cortante.

Con el tiempo, las armas de bronce se hicieron cada vez más complicadas y pesadas, hasta que la introducción de la fundición del hierro convirtió a estas armas —y al bronce mismo— en algo anticuado, lo mismo que el bronce había hecho con el sílex unos miles de años antes.



La pala de un hacha de combate, hecha de bronce y que mide sólo 8 cm de longitud, está metida aún en el molde de esteatita en que fue vaciada. Ambas piezas fueron halladas separadamente en dos turberas, alejadas más de 15 km.

Estas primorosas empuñaduras de unas espadas de bronce tenían incrustaciones decorativas de hueso, de madera o de una sustancia translúcida compuesta de ámbar hervido en aceite, que se aplicaba a las empuñaduras cuando aún estaba blanda y que poco después se endurecía.



lanolina contenida en la materia prima es elevada, el género acabado es al mismo tiempo resistente y de abrigo.

En todas las cabañas hay un telar, y casi todas las mujeres de la familia tienen una rueca y un huso que llevan siempre consigo, aprovechando cada momento en que sus manos están libres para ir hilando. La rueca es una varilla en la que se arrolla la lana cardada; puede cogerse con una mano o sujetarse bajo el brazo. El huso es otra varilla con un tope en un extremo y una pesa o tortera adherida al otro. Cuando la hilandera ha colocado la hebra del copo alrededor del huso, por debajo del tope, imprime a aquél un movimiento giratorio con sus dedos pulgar e índice y lo deja suelto para que tire de la hebra que se va arrollando en el huso, el cual continúa su giro por el impulso recibido. De esta forma, la lana se convierte en un ovillo de hilo.

Cuando el huso está lleno, se saca el ovillo y se vuelve a repetir la misma operación. El trabajo es incesante y automático, y cuando una muchacha tiene 10 ó 12 años, considera la hilatura como su segunda naturaleza: la rueca y el huso forman parte integrante de la vida de una mujer, hasta el punto que a veces es enterrada con estos instrumentos.

Cuando tiene bastante hilo, la hilandera lo coloca en el telar, que es un sencillo aparato consistente en un bastidor de madera apoyado contra una pared de la cabaña (*página 29*). Las vetas de hilo que formarán la urdimbre se colocan verticalmente, suspendidas del larguero superior del telar, y son mantenidas tensas por un conjunto de pesas colgadas del extremo inferior de ellas. Los hilos horizontales, o trama, se pasan alternativamente por encima y por debajo de los verticales, acaso con alguna especie de lanzadera.

Ségún parece, los tejedores del lugar tienen una versión primitiva del lizo: una tabla acondicionada para levantar primero una serie de hilos de la urdimbre y después otra, de manera que la lanzadera pueda

pasar entre ellos con más facilidad. (La existencia de lanzaderas y lizos es pura suposición, pero ésta explicaría satisfactoriamente la destreza de los tejedores para producir la gran cantidad de tela empleada en las mantas, polainas, capas, ceñidores, túnicas y faldas halladas en las tumbas de la Edad del Bronce.)

Fuera del pueblo se extienden las tierras de labor y los pastos que proveen de alimentos a sus habitantes. Aunque los labradores están aún en mayoría, ha pasado ya el tiempo en que todos, como en Barkaer, tenían que contribuir a la producción de alimentos para la tribu. Una mejoría del clima y de las técnicas del cultivo hace ahora posible que sólo una parte de los hombres provean de alimentos suficientes a la creciente población, por lo cual algunos, como los artesanos, no trabajan en la agricultura. Juntamente con trigo y cebada, los labriegos pueden obtener, favorecidos por la benignidad de las temperaturas, avena, mijo y lino. Además, ahora poseen el *ard*, una especie de arado (*página 130*) con el que pueden labrar mayores extensiones de terreno.

El género de vida descrito para este poblado imaginario era el típico de otras comunidades escandinavas de la Edad del Bronce. Conscientes de su bienestar, los hombres del norte hicieron todo lo que pudieron imaginar para perpetuar la fertilidad de la tierra. Los arados eran tan importantes para su prosperidad, que se llegó a rendirles culto. En la región que es hoy la provincia sueca de Bohuslaen, los antiguos agricultores inmortalizaron un arado grabándolo en una roca (*página 72*); está representado en acción, con un labrador y bueyes en medio de un campo roturado. En Suecia y Dinamarca los arados fueron muchas veces arrojados a los pantanos como ofrendas religiosas, y allí se hallaron muchos siglos después. Estos arados votivos estaban contruidos de madera blanda, fácil de tallar, lo que indica que eran imitaciones; sin duda los ejemplares reales, para uso corriente, estaban hechos de un material más resistente.



Diseñado para inspirar terror, este casco de bronce, de Viksoe (Dinamarca), presenta cuernos curvados y dos ojos que miran fijamente. La figura arrodillada, de 10 cm de altura, vestida con traje danés (a la derecha), está cubierta por un casco similar al anterior, lo cual significa que dicha pieza era un importante elemento en el atavío de un guerrero de la Edad del Bronce.



Estas trenzas de cabellos, cortadas a rubias mujeres de Dinamarca hace unos 3.000 años, presentan ahora un tono rojizo. Este tono proviene de los agentes químicos de las turberas a las que se lanzaron las trenzas, acaso formando parte de un ritual de matrimonio, nacimiento o muerte.



La presencia del *ard* en los grabados rupestres y en los pantanos indica ciertos cambios en las ideas religiosas de los escandinavos. Aunque la fertilidad pudo haber continuado siendo el interés principal, ahora estaba asociada más con la agricultura que con la caza. En vez de sacrificar animales para impetrar una abundancia permanente de caza, los escandinavos ofrendaban ahora objetos relacionados con una cosecha óptima. Nada abona esta tesis más gráficamente que el fálico labrador sueco representado en el grabado rupestre de Bohuslaen, entregado a su trabajo; se trata de una fervorosa invocación a la fertilidad. Acaso formaba parte de un ritual de la siembra de primavera, posibilidad realzada por la presencia de otros grabados rupestres análogos, pero que representan varones y hembras, en las laderas de las colinas situadas frente a las tierras que fueron campos de labranza y pastizales en la Edad del Bronce. A veces los grabados son muy explícitos: hombres y mujeres apareados, por ejemplo. En ocasiones son tan enigmáticos que su significado sólo puede suponerse. Muchos especialistas creen que las excavaciones circulares llamadas señales de copas son símbolos sexuales, pero otros creen que pudieron haber sido utilizadas para contener ofrendas.

La finalidad religiosa de los grabados sobre rocas es apoyada por los lugares en que se hallan. Su extraña situación, en laderas de las colinas y acantilados erosionados por los glaciares y salpicados de musgos guijarros, sugiere que se trata de lugares sagrados. En estos santuarios podrían haberse congregado los miembros de un culto. Cerca del fálico labrador existe un dibujo de dos guerreros luchando. ¿Simbolizan la guerra? ¿Son acaso actores que escenifican un drama de carácter religioso, representando el invierno y el verano empeñados en perpetua lucha? Hay también un grabado de unos navegantes, con los brazos en alto, arrodillados en el casco de su nave; casi se oyen sus cánticos. ¿Están adorando al Sol?

De vez en cuando surge algo tangible que realza la realidad subyacente de estas escenas prehistóricas. Los *lures*, grandes trompetas de bronce que han sido recuperadas en tantas turberas, aparecen en los antiguos grabados rupestres, tocados por los labios de figuras humanas. Estos antiguos instrumentos no sólo pueden tenerse entre las manos, sino que aún se les puede tañer 3.000 años después de haber sido contruidos, y sus plañideras notas contribuyen a que parezcan recién acabadas las ceremonias sagradas en que fueron empleados.

Puesto que los *lures* se hallan con frecuencia junto a huesos de animales, y a veces con restos humanos, la mayoría de los investigadores supone que se utilizaban en sacrificios y después eran sacrificados a su vez. Es inconcebible que los *lures* hubieran sido echados a las turberas por razones que no fuesen religiosas. Incluso como metal eran valiosísimos. Dos *lures* gemelos desenterrados en Stavanger, en otro tiempo corazón de la cultura de la Edad del Bronce en Noruega, habían sido depositados al aire libre en un terreno pantanoso y abandonados allí hasta que el musgo y las hierbas de los marjales los cubrieron con una capa cenagosa que posteriormente se convirtió en turba. Los instrumentos no fueron retirados por los hombres que allí los vieron abandonados, lo cual es clara prueba de su carácter sagrado.

Otra clase de culto, relacionado con la luz, el calor y el renacimiento, se halla representado probablemente por otro hallazgo importante: un carro del sol en miniatura (páginas 96-97). Este delicado objeto —un vehículo de bronce que lleva un disco chapeado en oro y arrastrado por un hermoso caballo de bronce— fue descubierto en 1902 por un labrador cuando araba su campo cerca de Trundholm, en el norte de Seeland. El caballo sirvió de juguete a la hijita del labrador hasta que la noticia de su existencia llegó al Museo Nacional de Copenhague, donde ahora se halla expuesto. Como ejemplos del sentido estético y de la

Modas para la posteridad

Durante el siglo pasado, las excavaciones realizadas en las turberas danesas proporcionaron un insuperable tesoro de vestiduras prehistóricas magníficamente conservadas, algunas con más de 3.000 años de antigüedad. Salvo raras excepciones, los géneros parecen ser de lana de oveja. Son de varios espesores y texturas, fueron cortados con cuchillos (las tijeras no fueron introducidas en Escandinavia hasta unos 300 años a. de C.) y después cosidas para confeccionar vestidos que eran confortables, prácticos y, dentro de su simplicidad, atractivos en todos los tiempos.



Con la frente y el cabello cubiertos con cordones de lana, la cabeza de una joven fue dibujada tal como se halló en 1935 en un féretro de roble de 3.500 años de antigüedad en el sur de Jutlandia. Fue enterrada envuelta en una piel de vaca y tenía puestos pendientes de oro en forma de espiral, un jubón, una falda y zapatos de cuero.



Gorro de la Edad del Bronce formado por tiras de fieltro



Redecilla para el cabello hecha de lana extrafina.



Estos vestidos de 2.500 años de antigüedad, hallados intactos en una turbera, son técnicamente más refinados que los de principios de la Edad del Bronce. La falda a cuadros (izquierda) fue confeccionada con género que había sido tejido combinando diversas clases de lana. El dibujo del vestido con capucha (derecha) fue influido por modelos griegos.

destreza técnica durante la Edad del Bronce, el caballo y el carro representan una obra realmente magnífica.

Si el carro de Trundholm es verdaderamente un objeto del culto relacionado con la adoración del Sol—sus ruedas son idénticas a las de grabados rupestres que se han supuesto durante mucho tiempo que representaban símbolos solares—, acaso los escandinavos de la Edad del Bronce, ampliando la creencia de los primitivos agricultores en una diosa madre, también venerarían a un dios Sol. Quizá, como el Apolo griego, el dios del Sol escandinavo viajaba a través de los cielos para sumirse en el país de los muertos todas las noches y volver al país de los vivos todas las mañanas. De ello provendría el símbolo del caballo llevando al Sol, el disco de oro, en su carro.

La existencia de un dios del Sol entre las divinidades escandinavas se halla también insinuada en grabados rupestres que representan barcos que llevan discos análogos. Un especialista ha supuesto que también estas naves eran medios simbólicos de transporte del Sol: desde el momento en que se oculta en el horizonte por el oeste hasta que sale por el este, el astro solar de la mitología escandinava habría viajado en barco por el mundo nocturno. Si los hombres del norte lo creían así, ello contribuiría a explicar por qué asociaban con tanta frecuencia los barcos con los enterramientos: igual que las naves del Sol retornaban a éste al cielo, así los barcos del sepulcro podían llevar a los muertos a una especie de renacimiento.

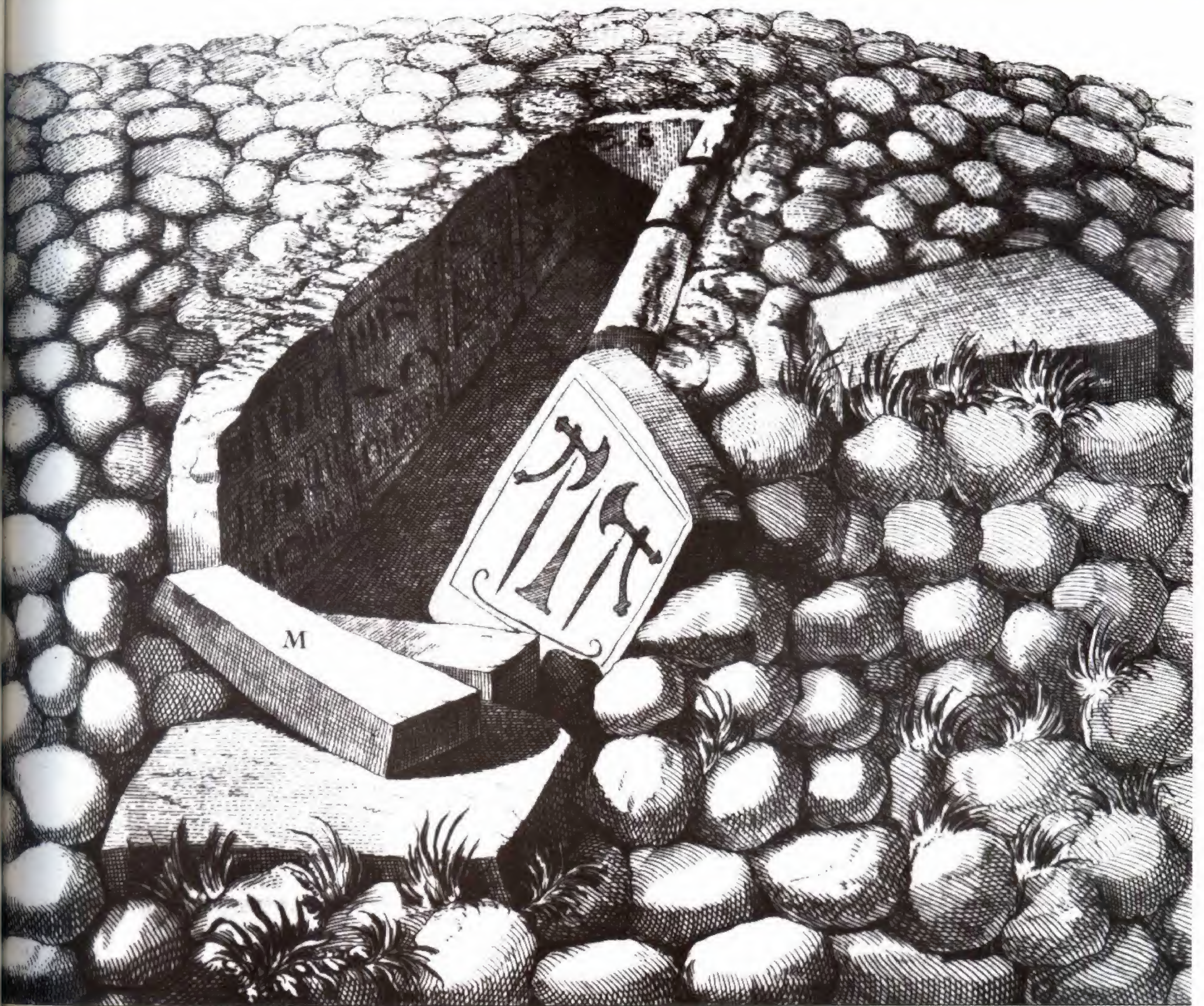
Hacia el final de la Edad del Bronce, algunos cadáveres eran enterrados en tumbas rodeadas de piedras dispuestas en forma de barco (*página 81*), de la misma manera que muchos siglos después los vikingos nobles eran sepultados en barcos auténticos empleados como féretros. Estas ceremonias funerarias indican la creencia de que las naves llevaban a los muertos en un viaje que, como el del dios solar a través del espacio, terminaba en un renacimiento y nueva vida.

Si bien los dibujos rupestres, el carro de Trundholm, los *lures* y los barcos de piedra tienen connotaciones espirituales que sólo se pueden suponer, hay al menos otro vestigio que arroja luz sobre una ceremonia religiosa de la Edad del Bronce escandinava. Se trata de una cámara sepulcral cuyas losas laterales tienen grabada una serie de dibujos. La cámara forma parte de un gran túmulo de piedras próximo al pueblo de Kivik, en el sur de Suecia (*página 117*). Monumentos de este tipo fueron construidos frecuentemente durante la Edad del Bronce en lugares donde probablemente había escasez de turba para emplearla en la erección de túmulos. El monumento de Kivik es enorme, pues mide cerca de 80 m de diámetro. (La cámara sólo tiene 4 m de largo por uno de ancho.) El túmulo se aprovechó como cantera hasta mediados del siglo XVIII, cuando dos labradores que recogían de él materiales de construcción encontraron la cámara sepulcral. La tumba fue pronto despojada de sus objetos valiosos, pero quedaron los grabados de las losas.

Poca duda cabe de que tales grabados representan ceremonias y de que, teniendo en cuenta el lugar donde se descubrieron, éstas se hallan relacionadas con los muertos. Hay en ellos una colección completa de caballos, ovejas y discos solares, colocados simétricamente por parejas. Hay también personas con túnicas que desfilan en procesión: un hombre conduciendo un carro, un auriga y trompeteros haciendo sonar sus *lures*. Aunque la inhumación tuvo lugar en el sur de Suecia, a 600 km de distancia del túmulo de Dinamarca en que fue enterrada la joven de Egtved, las exequias de ésta pudieron haber sido realizadas en la misma forma que las de Kivik, y así cabe imaginarlo.

Acaso el funeral de Egtved comienza en la casa de la muchacha, con una sucesión de sacrificios rituales dirigidos por su familia o por un sacerdote.

Cuando se realizó este dibujo, al final del siglo XVIII, el túmulo sepulcral de Kivik, en Suecia, se estaba empleando como cantera. Hoy es considerado como uno de los más reveladores monumentos funerarios de la Edad del Bronce en Europa. Su cámara sepulcral contiene diez losas, de las cuales seis tienen grabados que representan ritos funerarios; la que se ve aquí, hoy desaparecida y que se cree formará parte de la chimenea de alguna casa de campo de la región, tenía grabadas dos hachas, un obelisco y, a lo largo de su borde inferior, un barco o un trineo.



Después se forma la solemne procesión de los acompañantes, los *lures* hacen oír sus fúnebres notas y el cuerpo de la muchacha, envuelto en su mortaja de piel de vaca, es colocado en un carro fúnebre tirado por un caballo. Lentamente la comitiva serpentea por el estrecho camino que sale del pueblo, desfilando entre las bajas colinas coronadas por los túmulos sepulcrales de las generaciones pasadas. Ahora un nuevo túmulo ha sido añadido; durante varios días, los obreros han estado preparando la sepultura. Se han subido tepes de turba y se ha formado un lecho de piedra para depositar el ataúd de roble, que ha sido desbastado y ahuecado al borde mismo de la tumba, y las blancas astillas quedan en la tierra donde cayeron.


Sólo una persona de alta alcurnia o considerable riqueza podía tener un entierro tan suntuoso. Ataviada con lujo, la muchacha ha sido cuidadosamente amortajada. Han limpiado y recortado sus uñas, y sus rubios cabellos han sido peinados, atados con una cinta y echados sobre su cara.

Cuando el carro fúnebre llega al lugar del enterramiento, el cuerpo de la joven es colocado en el ataúd, que se introduce en la fosa junto con dos cajas de corteza de abedul que se disponen a su lado. Una de éstas contiene los efectos de la difunta: un punzón y algunos prendedores, todo ello de bronce, y una

veta de cordón de lana, acaso una cinta de repuesto para el cabello. En la otra caja hay una ofrenda ritual como recuerdo de sus familiares: una bebida compuesta de jugos fermentados de varias bayas que crecen en los pantanos. A los pies del cuerpo, los deudos colocan también un pequeño envoltorio de paño con los calcinados restos de un niño de siete u ocho años. Acaso esto constituye también un acto ritual: puede ser un niño sacrificado en honor a la alta alcurnia de la joven fallecida. Pero puede que dichos restos sean simplemente los de un joven miembro del clan fallecido hace poco y que comparte con la muchacha la ceremonia fúnebre.

Ahora todo ha terminado. El sudario de piel de vaca es extendido sobre la muerta y alguien (¿su marido?, ¿su madre?) se adelanta hasta la tumba para tributar a la muchacha el último homenaje: el ramillete de milenrama. La tapa del féretro se cierra y la comitiva se retira, pero el funeral continúa durante varios días. Se cubre el féretro con piedras para protegerlo de los ladrones y los animales. Grandes masas de césped son arrancadas de las praderas vecinas y se colocan formando hiladas encima de las piedras. Gradualmente, el nuevo túmulo se va elevando sobre la colina, y allí permanecerá durante 3.500 años como un monumento a la muy querida joven y a la dorada edad en que vivió.

Valiosos tesoros de una sociedad opulenta



El brillo y esplendor de algunos metales ha deleitado desde tiempo inmemorial a los hombres de todas las culturas, y los nórdicos no constituyeron excepción. A medida que aumentaba el intercambio de productos entre una Escandinavia cada vez más próspera y el resto de Europa durante el milenio II a. de C., aumentaba también la importación de artículos de bronce y oro en Escandinavia.

Los escandinavos parecían satisfechos al principio con importar solamente productos manufacturados. Pero, gracias a la ayuda de maestros artesanos forasteros, aprendieron los secretos de la metalurgia. En poco tiempo, por toda Dinamarca y el sur de Suecia los artesanos nativos llegaron a ser diestros en combinar estaño y cobre para producir bronce; y tanto con bronce como con oro obtenían exornadas y bellas joyas, como el torques o collar mostrado aquí. Al cabo de unos pocos siglos, el trabajo de estos artífices alcanzó tal grado de perfeccionamiento técnico y artístico, que sus producciones igualaban, y con frecuencia sobrepasaban, a las de sus maestros del sur.

Brillante como el oro, este collar de bronce está trabajado mientras aún estaba blando para formar un intrincado ejemplar de doble torsión.

Obras maestras de la orfebrería

Las primeras tentativas de los nórdicos en la orfebrería del bronce y el oro fueron poco más que burdas imitaciones del fino trabajo realizado por los maestros metalúrgicos de la Europa central y meridional. Pero cuando la habilidad de los escandinavos progresó, éstos produjeron magníficos diseños, completamente originales. El principal de los temas decorativos era la espiral, que algunos estudiosos suponen que simboliza, con su arrollamiento sin fin, la eternidad o el infinito.



Estos dos prendedores de oro y bronce miden cerca de 20 cm cada uno y datan del año 600 a. de C.



Estos dos anillos de oro de forma espiral, que datan de unos 800 años a. de C., parecen un diseño moderno.



Estos pendientes de oro se sujetan en los lóbulos por la presión que origina su forma.



Esta pulsera del final de la Edad del Bronce, reproducida aquí a un tamaño doble del real, está rematada por cuatro espirales bellísimas.



Reproducido a su tamaño natural, este broche de bronce, procedente de una tumba danesa, está cubierto de una lámina de oro y decorado con espirales minuciosamente repujadas.



Tesoros importados

Aunque los hombres del norte llegaron a sobresalir en la fundición del bronce y el oro, nunca llegaron a dominar la técnica de la forja. El arte de transformar el metal en hojas tan delgadas como el papel y de dar a éstas la forma deseada adornándolas con dibujos repujados había sido perfeccionado por los centroeuropeos. Los hombres del norte admiraban tanto aquel trabajo, que importaron innumerables tazas y jarrones repujados, como los que figuran en estas páginas, empleados probablemente para hacer ofrendas votivas. Más de 40 de tales piezas se han hallado sólo en Dinamarca.

Esta copa de oro, de 2.500 años de antigüedad, fue extraída, casi en su prístino estado, de una turbera. Aunque el recipiente, de 12,5 cm de diámetro, había sido importado de la Europa central, el asa fue colocada por los artesanos nórdicos.



Este tazón de oro del final de la Edad del Bronce está adornado con delicados círculos concéntricos, que circundan la pieza interior y exteriormente (abajo). La delgadez del metal puede apreciarse mirándolo desde arriba (izquierda). Este tazón tiene 17 cm de diámetro.





Este vaso de oro repujado, de más de 10 cm de altura, fue enterrado en una colina de Seeland junto con otros muchos valiosos objetos de oro.

Capítulo sexto: Cruel entrada en la historia



Hacia el año 500 a. de C. los días felices de la Edad del Bronce, la gran época de la prehistoria escandinava, llegaron a su fin. Esta Edad sería recordada más tarde como el período en que la artesanía de Escandinavia en oro y bronce sobrepasaba a las demás de Europa, en que los barcos y marineros escandinavos surcaban los mares septentrionales, los cadáveres de sus prósperos habitantes eran enterrados con tesoros en grandes túmulos sepulcrales. "Los dioses no conocían la carencia del oro", dice una orgullosa estrofa del *Edda Poético*.

¿Por qué se esfumó la prosperidad? Un enfriamiento del clima empeoró las características del medio ambiente escandinavo. Al mismo tiempo, la introducción de la siderurgia en el norte trastornó su economía, basada en el bronce, y la progresiva dominación de los celtas en la Europa central interrumpió las relaciones comerciales con el sur. Estas circunstancias pusieron a prueba la capacidad de los nórdicos para adaptarse a ellas y sobrevivir.

Estos cambios ocurrieron de manera paulatina, por lo que al principio afectaron a aquellos hombres en forma poco perceptible. Hacia el término de la Edad del Bronce, por ejemplo, desde el año 900 al 500 a. de C. aproximadamente, disminuyó la construcción de grandes túmulos sepulcrales, lo que indica una nivelación en el orden social. Poco a poco, la gente se fue acostumbrando a la cremación, y enterraban los huesos y cenizas en pozos señalados solamente por losas o cercos de piedras, modestos

monumentos conmemorativos que pronto fueron cubiertos por la vegetación y olvidados.

El lento ritmo con que esta forma de enterramiento reemplazó a las demás descarta la hipótesis de que nuevos inmigrantes introdujeran su religión, con distintas costumbres. En cualquier caso, la cremación era un procedimiento que ya se había practicado, simultáneamente con la inhumación, durante la Edad del Bronce; así lo atestiguan los huesos calcinados del niño enterrado con la muchacha de Egtved. Sin embargo, el que posteriormente se adoptase la cremación como práctica habitual sugiere un cambio en los sentimientos de los escandinavos sobre la vida y el más allá, acaso desde una visión materialista del mundo de los muertos a una visión más espiritual. Puede ser que el cuerpo fuera ya considerado como un mero receptáculo perecedero del espíritu, y su destrucción como una liberación de éste; elevada por las llamas de la pira funeraria, el alma ascendería a la mansión de los dioses. Esta idea puede justificar que, en una urna crematoria de la Edad del Bronce, se hallasen tres pares de alas de grajo y uno de cuervo: los negros pájaros de la muerte. Estas alas podrían haber sido depositadas para ayudar al alma en su viaje hacia el cielo.

Otra señal de la mudanza de los tiempos en las tierras del norte fue el declive del arte bronceo. Con la progresiva adopción de la cremación, la demanda de suntuosos objetos funerarios disminuyó. Puesto que las llamas consumían las vestiduras y ofrendas al mismo tiempo que el cuerpo, los objetos que metían en las urnas —si es que metían algunos— eran pequeños y de escaso valor. Los tesoros de bronce continuaban arrojándose a los pantanos como ofrendas a los dioses, pero incluso estos sacrificios carecían de la delicadeza y refinamiento de los tiempos antiguos; los torques y broches rituales habían aumentado en tamaño y peso hasta ser desproporcionados para un uso normal (*páginas 128-129*), y los discos para

El hombre de Tollund, así llamado por la región danesa donde se halla la turbera donde fue encontrado en 1950, tiene más expresión de dormido que de muerto. Fue estrangulado o ahorcado y después arrojado al pantano como sacrificio, hacia el año 200 a. de C. Su cuerpo estaba tan bien conservado, que los doctores pudieron hacerle la autopsia; el examen de su estómago reveló que su último alimento, acaso una comida ceremonial, había consistido en cereales.

cinturones y los brazaletes eran tan pesados que no habrían sido llevados con comodidad, y mucho menos con gracia.

Respecto a los espléndidos puñales y espadas de bronce, supremos ejemplos nórdicos del arte bronceo, eran reemplazados por armas de hierro. Aunque habían sido forjadas con los mismos diseños que sus prototipos de la Edad del Bronce, las nuevas armas eran toscas y deslucidas. Pero ya no iban destinadas a la exhibición: su única finalidad era herir y matar, y esto lo hacían bien. Una espada de bronce con excesivo estaño podía quebrarse, y si tenía demasiado poco se doblaría. En cambio, si la espada era de hierro endurecido mezclándolo con carbón adquiría un agudo y duradero corte. Con esta arma un guerrero podía aplicar toda su fuerza en una devastadora serie de cuchilladas sin temor a que la espada se doblase o se hiciese pedazos en sus manos.

Cualquiera que poseyese hierro tenía el medio de dominar a los que carecieran de él. Los celtas, pueblo cuya cultura se originó en la Europa central, comenzaron a sustituir el bronce por el hierro hacia el año 1000 a. de C., y al cabo de cinco siglos llegaron a dominar gran parte de Europa, desde el Mar Negro hasta las costas atlánticas de Irlanda.

Los primeros objetos celtas de hierro que entraron en Escandinavia aparecieron en el apogeo de la Edad del Bronce, pero hasta el año 500 a. de C. los escandinavos no aprendieron el secreto de la forja del nuevo metal y crearon una Edad del Hierro propia. Al principio sus realizaciones estaban basadas en tecnología y modelos celtas, pues aunque los escandinavos eran magníficos artesanos en el trabajo del bronce, no podían igualar a aquéllos en el del hierro. Los celtas, en realidad, continuaron proporcionando los modelos a los herreros del norte hasta el comienzo de la era cristiana, cuando la influencia de Roma y sus artesanos llegaron a las fronteras escandinavas.

Sin embargo, aunque los forjadores de la Edad del Hierro nórdica carecían de la destreza de sus antepasados de la Edad del Bronce, tenían una ventaja sobre estos últimos: un fácil abastecimiento de la materia prima. A diferencia del bronce, cuya manufactura dependía de las importaciones de cobre y estaño, el hierro se podía obtener casi en todas las regiones de Escandinavia, incluyendo Dinamarca. Todavía hoy las montañas de Suecia son famosas por su excelente mineral de hierro. En los tiempos prehistóricos, el mineral que más se empleaba era el hierro de los pantanos, que constantemente brotaba de la tierra y se acumulaba en capas en las turberas. Este mineral podía aprovecharse para fabricar muy aceptables herramientas y armas.

La fácil obtención del hierro por cualquier persona amenazaba los fundamentos mismos de las clases poderosas de Escandinavia, cuyo dominio había residido en gran parte en el control del tráfico e industria del bronce. Pero el hierro no fue lo único que determinó la ruina de la sociedad escandinava de la Edad del Bronce. El golpe decisivo parece haber tenido relación con los celtas, que en el curso de su expansión por la Europa central habían dificultado las tradicionales rutas comerciales de Escandinavia hacia el Mediterráneo. El foco del comercio del ámbar más apreciado se desplazó desde Dinamarca a las costas orientales del Báltico. Esquivando a los celtas, el ámbar se dirigía ahora hacia el sur por los ríos Vístula y Dniéper hasta el Mar Negro, y de éste al Egeo. Así perdió bruscamente Escandinavia su relación de miles de años con el mundo mediterráneo.

Con esta repentina pérdida comercial la economía escandinava se tambaleó, y la clara distinción entre ricos y pobres comenzó a desaparecer; por ello, al cabo del tiempo, todos tuvieron el mismo enterramiento modesto.

Entre tanto, parece ser que un nuevo orden social se había implantado en los países nórdicos. Es muy

Huesos humanos llenaron en otro tiempo esta urna crematoria de alfarería, de unos 25 cm de altura, que imita una casa circular con una pequeña puerta. Aunque las urnas en forma de casa aparecen sólo en el sur de Suecia y en Dinamarca, otras del final de la Edad del Bronce se han encontrado por toda Escandinavia, lo que demuestra lo corriente que había llegado a ser la práctica de incinerar los cadáveres.





probable que ciertos artesanos, como los metalúrgicos, continuaran ocupando situaciones privilegiadas en la sociedad de la Edad del Hierro. Pero, en general, el estilo de vida de los escandinavos ya no permitía la diferencia de clases existente en la Edad del Bronce. Ahora todos tenían que sufrir las consecuencias de la nueva situación, y según los indicios debían trabajar mucho más que anteriormente. Labrar la tierra y cuidar el ganado eran tareas a las que casi todos contribuían, porque la tierra, a causa del esquilmo y de otros factores, se había empobrecido.

Este cambio de circunstancias, unido al declive económico, fue originado por una repentina y devastadora variación del clima. Este cambio parece haber ocurrido hacia el año 500 a. de C., precisamente cuando comenzaba la Edad del Hierro. Probablemente fue provocado por un desvío de las corrientes marinas y una disminución de la intensidad de las radiaciones solares. Del intenso calor característico de la Edad del Bronce se pasó a un clima frío y húmedo. En el transcurso de unos pocos siglos, acaso en sólo unas generaciones, el verano se transformó en una época de viento, lluvia y niebla, y el invierno en un tiempo de oscuridad, ventiscas y frío intenso.

En las altiplanicies de la Península Escandinava reaparecieron los glaciares, y el límite de la zona arbolada descendió 300 m en las laderas de las montañas. A lo largo de la costa de Noruega los bosques desaparecieron, y ésta quedó tan carente de árboles como en la actualidad. El abeto, el pino albar y el haya, tan corrientes ahora en el paisaje escandinavo, desplazaron a los robledales de la Edad del Bronce. Y en muchas zonas los torrentes de agua de lluvia destruyeron la vegetación del suelo, formaron ciénagas y pantanos, y anegaron campos y pastizales.

El curso de estos cambios climatológicos puede seguirse hoy en el subsuelo escandinavo. Un estrato determinado señala los lugares donde los nutrientes fueron lixiviados ("lavados") por las aguas, permitiendo al brezo extenderse libremente sobre un terreno que ya no podía mantener árboles y cultivos. Análogamente, en los pantanos una rojiza capa de esfagnos, musgo esponjoso absorbente del agua (llamado en Dinamarca "carne de perro" a causa de su color), se superpone a las densas y oscuras capas formadas por cepas podridas de árboles y otros vegetales.

Otra clara señal de cómo el empeoramiento del clima afectó a los escandinavos la ofrece la arqueolo-



Esta maciza y pesada torques danesa de bronce, de 17 cm de diámetro y con un saliente pitón de 7,5 cm de longitud, es el producto típico de la ostentosa joyería que se fabricaba al final de la Edad del Bronce. Como el uso del hierro iba en aumento, se disponía de más bronce para objetos de adorno, y éstos alcanzaron un tamaño enorme, haciéndolos incómodos de usar; algunos pueden haber tenido solamente una función ritual.

gía. Aunque los pueblos cazadores del lejano norte fueron poco afectados por el imprevisto frío, muchos de los agricultores y pastores que vivían más al sur se vieron obligados a abandonar sus tierras. En Noruega, por ejemplo, casi todos los vestigios de poblados agricultores desaparecieron de los registros arqueológicos, excepto en las zonas de las costas bajas.

Incluso en las regiones más agradables el clima era demasiado riguroso para permitir una vida cómoda. Esto es evidente por los restos de casas de la temprana Edad del Hierro que se han encontrado en todo el sur de Escandinavia: se trata de edificios sólidos y resistentes a la intemperie, contruidos de piedra y tierra en Suecia y Noruega y de tepes en Dinamarca, algunos de los cuales tenían paredes de casi un metro de espesor. Todo lo que queda hoy de estos edificios son sus cimientos, montones de tierra de unos pocos centímetros de altura, apenas perceptibles excepto por la sombra que proyectan cuando reciben los oblicuos rayos del sol matutino o vespertino.

Al empeorar el clima, los ganados necesitaban refugios. Ya no podían las bestias permanecer a la intemperie durante el invierno —al contrario de lo que había sucedido en la Edad del Bronce— sin morir de

frío o de hambre cuando la nieve cubriese sus pastos. Ahora el ganado vacuno, porcino, caballar y ovino tenía que ser estabulado.

El proporcionar forraje a estos animales, así como alimentos a su familia, debió de constituir para el labrador de la Edad del Hierro una constante preocupación. Cuando el tiempo no era frío, era húmedo. Muchas mañanas permanecería el agricultor en el umbral de su casa, contemplando los campos asolados por vientos y aguaceros. Indudablemente, estaría muchas veces tentado a unirse a los vecinos que iban abandonando sus granjas para buscar mejores tierras en otros lugares, o que se agrupaban para robar los ganados y las reservas de alimentos de otros poblados. La Edad del Hierro fue un período de creciente tensión y rivalidades, durante el cual los marinos escandinavos construyeron sus grandes canoas de guerra y las primeras oleadas de invasores nórdicos, los cimbrios y los teutones, penetraron en la Europa occidental y continuaron hacia el sur para tener su histórica confrontación con Roma.

Los escritores romanos arrojan alguna luz sobre los hombres del norte y sus reacciones ante las deprimentes circunstancias atmosféricas. En el año 98, Tácito



*Este arado de la Edad del Hierro, o
ard, del año 400 a. de C., era
arrastrado por bueyes. La reja
cortante de hierro carecía de
vertederas, por lo cual el arado no
volteaba la tierra, sino que sólo
trazaba estrechos surcos en el suelo*

hizo notar, por ejemplo, que la inclemencia del tiempo y la pobreza del suelo de su hogar patrio habituaron a los escandinavos al frío y al hambre y los hicieron diestros y valientes guerreros. No les agradaba la paz y, cualquiera que fuese su ocupación, en ningún momento iban desarmados. Pero el uso de las armas estaba estrictamente regulado. A ningún joven se le permitía llevar armas hasta que los notables de su tribu estuvieran convencidos de que era competente para emplearlas; por consiguiente, no había mayor honor para un joven que recibir su primer escudo y su primera lanza. “Estos”, escribió Tácito, “son el equivalente a la toga viril entre nosotros.”

Después de la guerra, lo que más amaban los hombres del norte era la comida, la bebida, los juegos de azar y las francachelas; para los más intrépidos y belicosos, estas actividades llegaban a constituir sus ocupaciones diarias. “Tan pronto como se despiertan”, continúa diciendo Tácito, “lo cual sucede con frecuencia bastante después de la salida del sol, se lavan, generalmente con agua caliente, como es de es-

perar en un país en donde el invierno es tan riguroso. Después del aseo hacen una comida. ... Luego, salen a resolver algunos asuntos que tengan pendientes o, la mayoría de las veces, toman parte en un festín, siempre llevando sus armas. Las orgías que duran todo el día y toda la noche no son consideradas, en ningún caso, deshonorosas.”

Sin embargo, a pesar de estas intemperancias, Tácito consideraba a los hombres nórdicos atractivos en muchos aspectos. Eran, por ejemplo, muy generosos anfitriones. “Consideran pecado rechazar a un hombre que llame a su puerta. El dueño de la casa da la bienvenida al recién llegado con la mejor comida que sus medios le permiten. Cuando ha terminado de obsequiar al forastero, el invitante cumple con un nuevo deber: el de acompañar al huésped a la casa más cercana donde éste pueda disfrutar de una nueva hospitalidad. No importa que vayan sin estar invitados; serán recibidos afectuosamente.”

Tácito también se impresionó por el estricto régimen matrimonial de los nórdicos, “y no hay aspecto

de su moral que merezca mayor alabanza". "Ellos son", escribió, "casi los únicos bárbaros que están satisfechos con una sola esposa." Se consideraba que las mujeres poseían "un elemento de santidad y un don de profecía; y por ello los hombres no desprecian sus consejos y casi nunca desatienden sus advertencias". En el matrimonio, según Tácito, era el hombre quien aportaba la dote; sus regalos consistían en bueyes, un caballo aparejado, acaso un escudo, una lanza y una espada. El regalo nupcial de la mujer a su marido consistía en armas, simbolizando la satisfacción de aquélla por entrar en el hogar conyugal "para ser partícipe de sus fatigas y peligros".

Al describir los poblados de los hombres del norte, Tácito habla de muchas cosas que han sido confirmadas por las investigaciones de los arqueólogos modernos. Observa, por ejemplo, que las casas estaban separadas unas de otras, con amplios espacios alrededor, sistema de construcción completamente diferente del empleado en los pueblos romanos. Creía Tácito que estos espacios constituían "acaso una precaución contra el peligro de incendios", y los arqueólogos han demostrado que estaba en lo cierto.

También relata que los hombres del norte "tenían la costumbre de excavar cuevas subterráneas, que cubren con estiércol y usan como refugios ... y como depósitos de provisiones". En esto también acierta Tácito. En varios yacimientos de Dinamarca los arqueólogos han descubierto vestigios de recintos que parecen haber sido silos: cámaras ovaladas a uno o dos metros por debajo del suelo, con el piso cubierto de cascotes de tinajas. Estas cámaras tienen señales de haber sido habitadas, acaso en épocas de peligro; precisamente como decía Tácito.

Los trabajos de los arqueólogos modernos han ampliado el retrato de los hombres del norte trazado por Tácito y otros escritores clásicos. Del poco atractivo aspecto de los yacimientos de habitáculos escandinavos, los científicos han podido obtener detalles no

sólo de la arquitectura de las viviendas, sino también acerca de cómo se vivía en ellas y de los campos que las rodeaban. Saben, por ejemplo, que las casas estaban edificadas sobre un solar largo y estrecho, con una doble fila de postes clavados en medio para sostener el techo —lo mismo que las viviendas, mucho más antiguas, de los agricultores de Barkaer—. Saben también que había generalmente un hogar en el extremo oeste de la casa, en donde vivían las personas, y que las vacas, caballos, gallinas y ovejas estaban albergados en el extremo opuesto. También saben que el ajuar comprendía platos y jarros de alfarería, telares y accesorios para el tisaje, y piedras para moler cereales. Incluso saben, por un conjunto de pesas para lastrar halladas en un suelo de tierra, que en algunas casas las redes de pesca colgaban de las vigas.

En muchos lugares del sur de Escandinavia los arqueólogos han descubierto los campos en los que los labradores de la Edad del Hierro cultivaban cereales y otras plantas alimenticias. Las lindes de las parcelas están señaladas por montones de piedras que fueron retiradas del terreno que se iba a arar o por mojones de tierra (llamados "caballones") formados al final de los surcos por la reja del arado al girar éste. Mediante un cuidadoso trabajo para poner al descubierto y limpiar el terreno situado entre los mojones, los arqueólogos han encontrado incluso los antiguos surcos, gracias a que la oscura tierra de la superficie había penetrado en la tierra clara del subsuelo empujada por la reja de los arados.

Uno de los más ricos yacimientos de la Edad del Hierro se halla en el marjal de Borremose, en el norte de Jutlandia (*página 138*). Allí, en lo que fue una pequeña isla en medio de una llanura pantanosa, los arqueólogos han descubierto las ruinas de un pueblo fortificado de la Edad del Hierro, construido en el siglo I a. de C. Del área circundante provienen otros importantes hallazgos. En una turbera próxima se descubrieron los cuerpos de dos mujeres y un hombre

al final de la década de los años 40. Estaban tan bien conservados por los ácidos de la turba, que a sus descubridores les pareció que podían haber estado vivos recientemente; pero la realidad es que son contemporáneos de Borremose, acaso tres de sus habitantes.

Medio siglo antes, en 1881, cerca del marjal de Borremose, unos buscadores de turba habían encontrado uno de los mayores tesoros de la antigüedad: el caldero de plata de Gundestrup (*páginas 133-136*), repujado con figuras de dioses y diosas, luchas de animales y sacrificios humanos. Muchos especialistas creen que dicha pieza es de manufactura celta y que fue llevada a aquel lugar como trofeo por tribus que regresaban, probablemente por los guerreros cimbrios que aterrorizaron a Roma. Se cree que éstos procedían de la misma región de Jutlandia en donde se encontró el caldero e incluso que eran parientes o vecinos de los habitantes de Borremose.

Como los primitivos pobladores de Barkaer, los de Borremose debieron de escoger su residencia insular pensando en su seguridad. Un estrecho vado a través del pantano hacía fácil la defensa del lugar, pero, para mayor protección, una muralla de tierra y una empalizada de madera corrían a lo largo del perímetro de la isla; se trata de uno de los más antiguos trabajos de fortificación de Europa. Dentro de la isla había una veintena de casas, orientadas de este a oeste y agrupadas a ambos lados de una calle única, empedrada, que conducía al vado. Las casas eran de distinto tamaño, pero todas tenían gruesas paredes de turba. Probablemente el techo estaba formado por capas de pajas o cañas, con sus extremos colgando casi hasta el suelo. Aunque había algunos espacios libres para el ganado entre las viviendas, y acaso una o dos parcelas de plantío, los sembrados y pastos importantes estaban en tierra firme, más allá del marjal.

El descubrimiento del solar de este poblado proporcionó gran cantidad de información respecto al

género de vida de los escandinavos durante la Edad del Hierro. Pero en nuestros días se dispone de otro género de información. En Escandinavia, en años recientes, los arqueólogos han explorado un nuevo terreno. A partir de los datos recogidos en Borremose y otros lugares, han desarrollado una técnica imaginativa para estudiar la Edad del Hierro: reproducirla. A unos 40 km al oeste de Copenhague han establecido un centro de investigación donde los datos arqueológicos han sido sometidos a comprobación. Allí han puesto en práctica la idea expuesta por Jens Worsaae hace un siglo —llevar el estudio de la prehistoria fuera del museo, al campo—, y la han aplicado con extraordinaria amplitud.

El centro investigador está cerca del poblado de Lejre, identificado en las sagas nórdicas como la legendaria corte de los reyes de Dinamarca (*páginas 23-33*). Fundado en 1964 y sostenido por una fundación privada, el centro de Lejre es, en efecto, un taller donde los arqueólogos pueden emplear los métodos precisos de la ciencia experimental para verificar las de otro modo imprecisas nociones sobre el género de vida de los pueblos que vivieron hace 2.000 años. Dadas ciertas pruebas arqueológicas sobre la distribución de las casas y el modo de erigir sus muros, ¿qué podía descubrirse acerca de la construcción de sus techos? ¿De qué espesor tenía que ser la capa de pajas o cañas para resguardar a las casas del viento y del frío? ¿Cuál era el tamaño más adecuado para un hogar abierto en una casa con ese techo, y cómo mantendría caliente la casa en lo más crudo del invierno? ¿Cómo se fabricaba la alfarería, y a qué temperatura se cocía? ¿Cuántos quintales de grano podían cosecharse en un terreno arado superficialmente, como era normal en la Edad del Hierro?

Partiendo de lo que sabían respecto a la construcción de las casas prehistóricas, y empleando reproducciones de azuelas y hachas antiguas, los científicos construyeron un grupo de viviendas primitivas:

(*Texto continúa en pág. 137*)

Un caldero de plata para los espíritus de los pantanos

En 1891, en un remoto lugar de Jutlandia, un buscador de turba dejó al descubierto una porción del más deslumbrante tesoro desenterrado en Dinamarca: el caldero de plata de Gundestrup, así llamado por el nombre de la localidad en que fue hallado. A través de los años, el caldero, de 60 cm de diámetro, ha resultado ser tanto un enigma como un motivo de asombro. Para la mayoría de los especialistas, las caras que miran fijamente, las extrañas escenas y los animales que lo adornan indican que el caldero es una obra de la artesanía celta. El lugar donde fue construido, probablemente Francia o la Europa central, es incierto; cómo fue llevado a Dinamarca, es aún más intrigante. P. V. Glob, director del Museo Nacional danés, donde se halla ahora el caldero, supone que fue un trofeo enviado a su patria por los guerreros cimbrios de Dinamarca que combatían en las lejanas tierras célticas. Lo único seguro de su historia es que los antiguos daneses desmontaron sus planchas y las depositaron en el pantano como ofrenda a sus dioses.

El repujado caldero de Gundestrup, cuidadosamente montado de nuevo y restaurado, muestra pocas señales de su inmersión a lo largo de 2.000 años en una turbera danesa.





En este detalle del caldero de Gundestrup, tres soldados —a la derecha de este desfile militar— hacen sonar trompetas terminadas en cabezas de lobo.



bo. A la izquierda, una gran figura agita otra más pequeña sobre un recipiente como si realizara un sacrificio sangriento, representando acaso el uso original del caldero.



En otra escena del caldero, un dios, flanqueado por animales salvajes, realiza una ceremonia ritual. Con la mano izquierda sujeta una serpiente y con la derecha una torques similar a la que lleva en el cuello. Las astas de ciervo sobre la cabeza probablemente son símbolos de virilidad.

las paredes estaban hechas de palos entretejidos con cañas y revocadas con barro; los techos tenían distinta inclinación y estaban cubiertos con pajas, cañas, brezo o turba. Pronto descubrieron que las casas tenían que ser de ciertas dimensiones: por lo menos, de 3 a 6 m de ancho y de 3 a 4 de alto. Un techo a menos de 3 m de altura estaba demasiado cerca del hogar abierto, lo cual constituía un peligro, y a más de 4 m estaba demasiado alto, lo que dificultaría una conveniente eliminación del humo. Aun dentro de estos límites precisos había otros problemas. Un fuego cuya llama se elevase más de medio metro era peligroso; también lo eran los producidos por materiales como ramitas y paja, porque lanzan hacia arriba chispas y pavesas que podían incendiar el techo.

La creencia, largo tiempo mantenida, de que las casas eran ventiladas por un agujero situado directamente encima del hogar, resultó errónea. El agujero no sólo habría permitido la entrada de lluvia, sino que no habría tenido suficiente tiro para arrastrar el humo hacia arriba. Como solución, los investigadores practicaron dos aberturas en los triángulos que forman por arriba las paredes laterales de las casas y les colocaron una especie de celosía que permitía la circulación del aire pero no la entrada de lluvia. Aunque las corrientes cruzadas no eliminaban los humos totalmente, el procedimiento, al menos, hizo respirable el aire de las casas. Además, el humo acumulado en el sobrado alejaba a los insectos y roedores, lo cual hacía que éste fuera un lugar adecuado para almacenar granos y curar carnes y pescados.

Los voluntarios que vivieron en una de estas casas durante algún tiempo del invierno, pronto se dieron cuenta de que un fuego seguro proporcionaba poco calor. En cuanto se alejaban del hogar, comenzaban a tiritar. Los diversos termómetros colocados en distintos lugares de la casa confirmaron sus observaciones: las temperaturas bajaban frecuentemente de los 0° C. Obtenían un calor suplementario por medio de

un horno de vástagos entretejidos cubiertos con una argamasa de arcilla, construida según un tipo que se halló en varios yacimientos de la Edad del Hierro. También descubrieron los voluntarios que los animales domésticos con los que compartían la casa, como era costumbre en aquella época, proporcionaban calor con sus cuerpos, lo cual constituía otro procedimiento calefactor que era muy bien recibido. Habiendo aumentado así la temperatura interior, los participantes del experimento hicieron la casa un poco más confortable extendiendo los juncos del techo con más uniformidad.

Respecto a los otros experimentos, los científicos sembraron cereales como los de los labradores de la Edad del Hierro: mijo, cebada y trigo. Para arar los campos emplearon reproducciones del arado de la Edad del Hierro —el *ard* (página 130)— uncidas a bueyes y caballos que habían sido traídos del norte de Escandinavia y de Islandia. Estos animales eran muy parecidos a los de la Edad del Hierro en tamaño y constitución.

En el alfar, los investigadores utilizaron las mismas mezclas de arcilla que los alfareros prehistóricos y fabricaron réplicas de las antiguas vajillas, tan exactas que tuvieron que marcarlas deliberadamente con defectos para distinguirlas de las originales. En el taller de tejido, otros estudiosos aprendieron a hilar lana de idéntico grosor y resistencia que la de la Edad del Hierro. También copiaron el telar vertical, con pesas en la urdimbre, empleado por los antiguos tejedores, y obtuvieron tela con la que confeccionaron vestidos iguales a los hallados en los cuerpos descubiertos en las turberas. Los investigadores llegaron hasta el extremo de sumergir en los pantanos muestras de los tejidos que fabricaron, para comprobar si las alteraciones en las fibras y sus colores correspondían a las de los originales.

Gracias a tales experimentos, Lejre ha introducido vivamente a los modernos escandinavos en su pasa-



Esta fotografía aérea muestra los principales rasgos de un poblado de la Edad del Hierro en un terreno que antaño fue una pequeña isla en el marjal de Borremose, en Jutlandia. Una calzada fácilmente defendible, a la izquierda del lugar, unía la isleta con la tierra firme; y una calle bordeada de casas serpenteaba a través del pueblo. Un foso y una muralla de tierra completaban las defensas.

do; de hecho, el establecimiento funciona no sólo como centro investigador, sino también como escuela. En un período de cuatro años, por ejemplo, 300 maestros fueron adiestrados en los antiguos procedimientos de hilatura y tejido, y ellos, a su vez, los enseñaron a los muchachos de las escuelas danesas: de 6.000 a 8.000 anualmente. Otros trabajos de Lejre se han realizado con análogas finalidades docentes.

Sin embargo, la principal misión de Lejre sigue siendo la investigación. Y cuando los conocimientos adquiridos por medio de los experimentos coinciden con las pruebas arqueológicas de un poblado de la Edad del Hierro como Borremose, surge una extraordinaria visión. Una persona que atraviase las ruinas de este lugar en una fría tarde otoñal y pase ante los montones de tierra que señalan las primitivas paredes de las casas, puede abstenerse de fijar su atención en las modernas granjas de los contornos y ver en cambio con la imaginación un poblado, análogo al de Lejre, que existió allí hace 2.000 años. El humo se eleva de las aberturas con celosías practicadas en los triángulos superiores de las paredes laterales de las casas; dentro de éstas, el ganado está descansando mientras las personas se reúnen alrededor de los hogares para cenar.

El día ha sido fatigoso. En los campos los hombres han estado recolectando heno y cereales, esperando tener la cosecha recogida bajo techado antes que la lluvia y la humedad la pudran en el terreno. Visten blusas y cortas capas de lana o piel para protegerse del frío y de las intermitentes lloviznas; algunos llevan polainas y otros pantalones, prenda usada por los pastores nómadas del Asia central e introducida recientemente en el norte. Cada hombre trabaja en su propia parcela, la cual, si todo va bien, algún día repartirá entre sus hijos.

Al mediodía los recolectores se sientan en los montículos de tierra que hay en las lindes de sus campos para descansar y comer; para beber emplean vasos de

arcilla. Trozos de cerámica rotos quedan entre las piedras, donde permanecerán hasta que los arqueólogos los desentierren 2.000 años después. Tras el descanso es preciso volver al trabajo hasta que la luz del día comience a decaer. Entonces las gavillas de cereales se cargan a lomo de las bestias, los labradores se echan sobre los hombros las hoces y los rastillos, y un fatigado grupo de hombres y animales se dirige a sus hogares, poniéndose en hilera para cruzar el estrecho vado.

En la isla, las mujeres han estado también atareadas. Se han levantado al amanecer para preparar los alimentos de los niños y los hombres, y después se dedican a preparar la reserva alimenticia para el invierno. Desgranar las gavillas traídas la noche anterior y depositan los granos en grandes ollas de arcilla que se alinean a lo largo de las paredes de las casas. Una vez terminada esta faena, algunas muelen cereales para el pan; otras lo cuecen o comienzan los procesos de fermentación de la leche para el queso y del grano para el aguamiel. Una mujer, por lo menos, encarga de los trabajos cotidianos a su madre o sus hijas y emplea la mayor parte del día en hacer vasijas. Los platos, escudillas, jarros y vasos que ella fabrica serán usados por su familia y por las de sus vecinos que no tienen aún destreza en el arte de la alfarería.

Otra mujer dedica la mayor parte de su tiempo a la tejeduría, trabajando en un telar instalado cerca de la entrada de la casa. Combinando lanas claras y oscuras a intervalos regulares, teje una tela a cuadros. Una vez terminada, podrá confeccionar con ella un vestido largo para una de sus hijas. Tejido en forma tubular, el vestido será llevado por su hija atado a la cintura y doblado sobre los hombros hacia atrás para formar una capucha, que no sólo se podrá echar sobre la cabeza, sino también enrollarse alrededor del cuerpo como un chal (*página 115*).

Al final del día, las mujeres de Borremose se apresuran a ir al cercano manantial, individualmente o



He aquí dos de los más antiguos zapatos del mundo; pertenecen a la Edad del Hierro, y fueron descubiertos en Dinamarca. El zapato cerrado (izquierda) era el tipo normal para ambos sexos; pudo haber llevado un forro de piel. El calado (abajo) fue probablemente un tipo de zapato de verano, usado principalmente por los hombres. Para aumentar el calor, ambos tipos podían ser llevados con polainas de lana.



en parejas, para llenar sus cántaros. Cuando los hombres regresan, cada familia se congrega alrededor del hogar para cenar. Hay rumor de voces y olor de comida: gachas, queso y, a veces, carne asada. Después, cuando anochece, es el momento de avivar el fuego y reunirse a su alrededor. Hay mucho que hacer para prevenirse contra el invierno. Los hombres deben cortar turba y almacenarla como combustible antes que la tierra se hiele; como todo el suelo cultivable ha sido arado, ya no quedan grandes bosques aprovechables para obtener leña. Las mujeres tienen que seguir tejiendo paño para ropas de invierno y conservando alimentos para el invierno.

Es posible que en una noche como ésta una de las casas de la aldea sufra algún desastre. El viento abre una puerta, se desprenden unas chispas del hogar y alcanzan el techo. De repente, la casa está envuelta en llamas. Las mujeres cogen a los niños y ayudan a los ancianos a ponerse a salvo. Los hombres se precipitan a liberar a los aterrorizados animales antes que las llamas los abrasen. En 10 ó 15 minutos nada queda de la casa, excepto un montón de humeantes escombros.

Los arqueólogos han descubierto las cenizas de un incendio en Borremose, y otros hallazgos parecidos se han realizado en diversos lugares. Con sus techos inflamables como la yesca, las casas de la Edad del Hierro eran muy vulnerables al fuego. En algunos yacimientos hay vestigios de casas quemadas y reconstruidas hasta cinco veces. En ocasiones el fuego, propagándose de un techo a otro, causaba verdaderas catástrofes que destruían todo un poblado. En Lejre los investigadores, intentando averiguar qué podían revelarles las ruinas de casas incendiadas descubiertas en varios yacimientos, prendieron fuego a algunas de las viviendas reconstruidas y cronometrarón la propagación del incendio. Tan rápidamente se extendieron las llamas, que los investigadores llegaron a la conclusión de que los habitantes de las viviendas no

habrían dispuesto de más de dos minutos para escapar. Una de las casas se quemó, desde el techo hasta el suelo, exactamente en 16 minutos.

Hay constancia de que al menos una familia de la Edad del Hierro tomó precauciones contra una repetición del desastre. Bajo su casa reconstruida, que estaba en un poblado que había sido totalmente destruido por el fuego, un arqueólogo descubrió un hacha enterrada con su agudo filo dirigido hacia el cielo. Al descubridor, el hacha le sugirió una especie de prevención contra el fuego. Los rayos, pensó, habrían causado probablemente muchos incendios en la Edad del Hierro, y el hacha enterrada era un recurso mágico: "un arma vuelta contra el arma del rayo, un filo cortante contra otro filo cortante".

Sin embargo, en Borremose la casa que se quemó no fue reconstruida y las cenizas quedaron allí. Probablemente los supervivientes, si es que los hubo, prefirieron edificar en otro sitio. Acaso fueron albergados temporalmente por los vecinos. Pero si el incendio sucedió en invierno y destruyó los ganados y alimentos de reserva, el desastre sería catastrófico y repercutiría sobre todos los habitantes del lugar.

Aun en las mejores circunstancias, el invierno era una época dura en la Escandinavia de la Edad del Hierro. La estación llegaba pronto y duraba mucho tiempo. Los estanques se helaban, así como los manantiales. Los lobos merodeaban alrededor de los poblados en busca de comida, mientras sus habitantes, agrupados alrededor de un fuego de turba en sus casas, iban saliendo adelante lo mejor que podían. Durante los meses venideros no tendrían alimentos para reemplazar a los que consumían; los huesos y cuerpos humanos hallados en las turberas muestran señales de que muchas personas sufrían de desnutrición. En un esfuerzo para hacer que los víveres acopiados durasen el mayor tiempo posible, hombres, mujeres y niños debieron de haber sufrido hambre

Este montón de aros de bronce, 350 aproximadamente, fue encontrado en un pozo con paredes de madera que contenía un manantial de agua potable en Jutlandia. Como los manantiales en Dinamarca han estado siempre relacionados con la fertilidad y buena fortuna, estos ornamentos femeninos parecen haber sido regalos de la Edad del Hierro a una madre o diosa tierra.

con frecuencia. Los menos aptos para subsistir con una alimentación deficiente, los muy jóvenes y los muy viejos, eran, sin duda, los que más sufrían, y con frecuencia enfermaban y morían.

La primavera, cuando por fin llegaba, debía de ser muy bien recibida por los vecinos de Borremose. Pudo haber sido poco antes de su llegada, cuando los días comenzaban a alargarse pero la tierra aún no había producido sus frutos, cuando aquéllos se reunían en el pantano inmediato para hacer sacrificios a los dioses, para implorar el calor del sol y la fertilidad de la tierra.

Durante la Edad del Hierro la gente hacía ofrendas al igual que durante miles de años: espadas, alimentos, alfarería y objetos espléndidos como el caldero de plata de Gundestrup. Pero ahora, más que nunca anteriormente, se ofrecían seres humanos a los pantanos. A veces los sacrificios representaban muestras de gratitud anticipadas por favores que se solicitaban: una cosecha abundante, una gran victoria en la guerra. En otras ocasiones eran intentos de saldar una cuenta. Los hombres y mujeres que habían ofendido a los dioses o habían transgredido las leyes de la comunidad, eran ejecutados y depositados después en los pantanos, no sólo para aplacar a los dioses, sino como medio adecuado para librar al poblado de sus miembros indeseables.

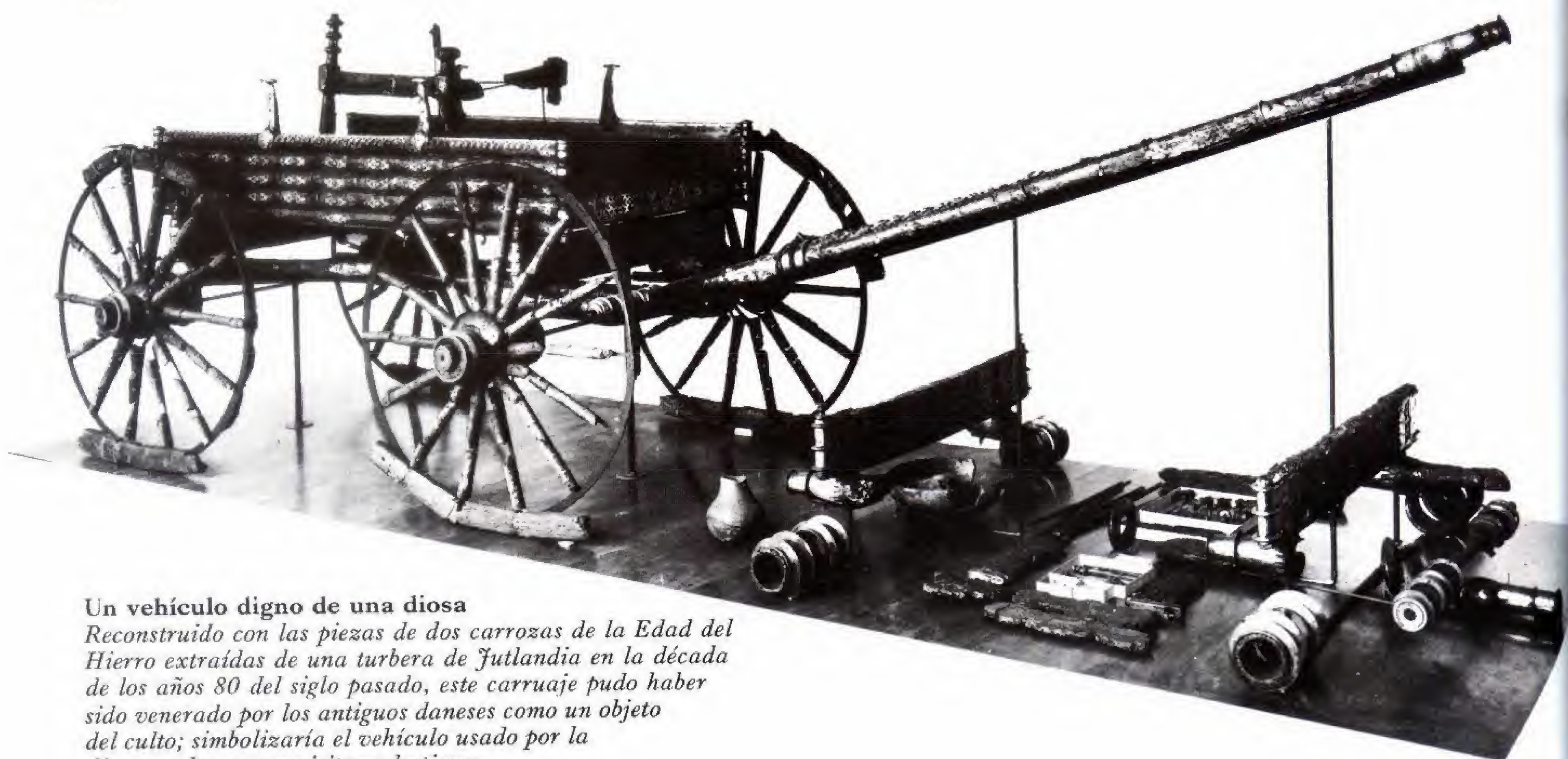
No hay medio de saber ciertamente en qué categoría se clasifican los tres cadáveres de Borremose. Pero se conocen algunos detalles fascinantes acerca de las víctimas cuando las circunstancias de su muerte se contemplan a la luz de los escritos de Tácito. En su capítulo sobre las leyes de los escandinavos, Tácito señaló que los castigos variaban según el crimen cometido: "Los traidores y desertores son ahorcados en los árboles; los cobardes, vagos y sodomitas son sumergidos bajo un trenzado de mimbres en el viscoso cieno de un pantano." Las diferencias entre los castigos, dijo Tácito, se basaban en el principio de que

"los delincuentes contra el Estado deben recibir un castigo público que sirva de ejemplo, mientras que las acciones vergonzosas deben recibir un castigo fuera de la vista de la gente". También describe Tácito las penas con que se castiga a una mujer sorprendida en adulterio: su marido "le corta el cabello, la desnuda y, en presencia de los parientes de ella, la expulsa de su casa y la persigue, azotándola, por todo el poblado".

Resulta que dos de los cuerpos descubiertos en el pantano de Borremose están desnudos, y las tres víctimas tuvieron muerte violenta. Una de las mujeres yacía boca abajo en la turbera, con una manta de lana echada en desorden sobre ella. La parte posterior de su cabeza estaba afeitada, había sido apaleada y tenía la frente destrozada como si hubiera recibido un fuerte golpe. La actitud de su cadáver, con una pierna violentamente torcida y una mano levantada hasta su despedazada cara, causa la clara impresión de una semiinconsciente agonía. La otra mujer presentaba el cráneo machacado y la pierna izquierda fracturada; también había sido arrojada al pantano boca abajo, y a su lado estaban los huesos de una criatura. El hombre, de baja estatura, con una rojiza y corta barba en su mentón, también había sido cruelmente tratado; tenía una pierna rota por encima de la rodilla, y la parte posterior de su cabeza estaba hundida. Pero la causa inmediata de su muerte había sido la estrangulación: alrededor del cuello tenía una cuerda de cáñamo con un nudo corredizo. Cuando se encontró el cadáver en la turbera, estaba cubierto por ramas, acaso para inmovilizarlo en el fondo.

Estas tres víctimas podían haber sido culpables de un delito contra las normas tribales. Pero también podían haber formado parte de un rito religioso. Uno de los más corrientes símbolos de la diosa de la fertilidad, por ejemplo, es una retorcida torques o collar de oro, que imita un trozo de cuerda (página 136); se trata de un símbolo que se remonta a la Edad del





Un vehículo digno de una diosa

Reconstruido con las piezas de dos carrozas de la Edad del Hierro extraídas de una turbera de Jutlandia en la década de los años 80 del siglo pasado, este carruaje pudo haber sido venerado por los antiguos daneses como un objeto del culto; simbolizaría el vehículo usado por la diosa madre en sus visitas a la tierra.

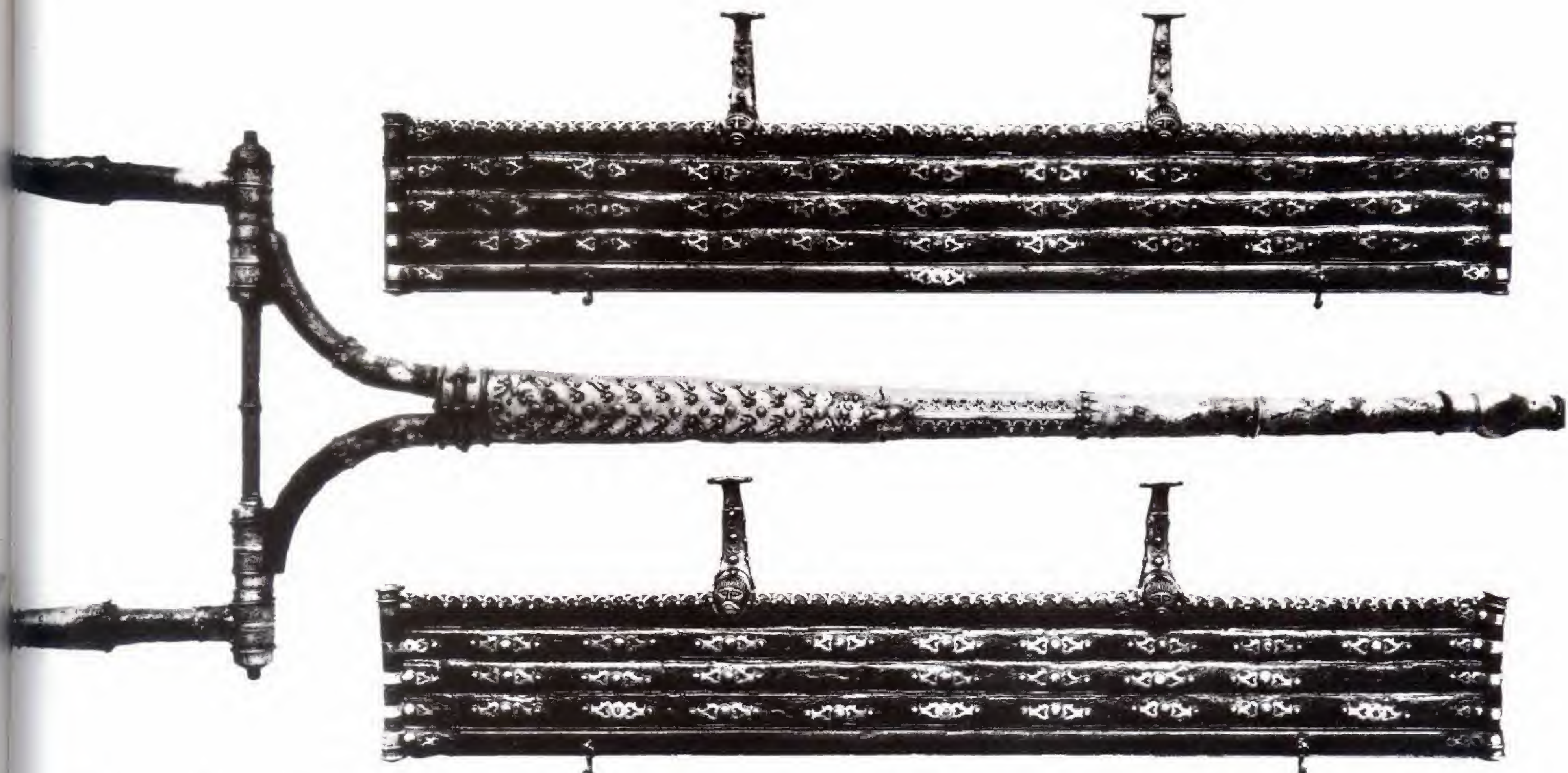
Bronce. El apaleamiento, la horca, la estrangulación y el ahogamiento estaban también relacionados con ritos en los pantanos. Las diferencias en la clase de muerte probablemente dependían de costumbres locales y del ritual particular asociado al dios o diosa a los cuales se rendía culto.

La diosa de la fertilidad parece haber ocupado lugar importante en la mitología escandinava hasta los primeros siglos después de Cristo. Entonces, como resultado de las influencias célticas y romanas, su autoridad fue sustituida por la de un dios masculino omnipotente: Wodan u Odín, el dios de la muerte y de la guerra, cuyo nombre sobrevive en la palabra inglesa *Wednesday* (miércoles), derivada de *wodnesdaeg*, que significa día de Wodan.

Tácito describió el ritual relativo al culto de Nerthus, o madre tierra, por los pueblos que vivían en Dinamarca. Su santuario estaba en un bosque sagrado en una isla del mar, de la cual era sacada en ciertas épocas del año. (La forma como era sacada no la explica Tácito.) La diosa era conducida en una carroza cubierta con un paño que sólo el sacerdote podía tocar. "El sacerdote puede sentir la presencia de la diosa en este sanctasanctórum", escribió Tácito, "y

la acompaña con la mayor reverencia, mientras la carroza es tirada por vacas. Después siguen días de regocijos y festejos en todos los lugares que la deidad se digna visitar. ... Nadie va a la guerra, nadie empuña las armas; todos los objetos de hierro son encerrados. Solamente entonces se disfruta de paz y tranquilidad, hasta que la diosa, cuando ha quedado satisfecha de la compañía de los hombres, es restituida a su sagrado recinto por el sacerdote." En este momento, la carroza, las vestiduras y hasta la misma diosa ("Si queréis, creedlo", dice el escéptico Tácito) son purificadas en un recóndito lago, y los que tuvieron a su cargo esta misión sagrada son inmediatamente ahogados. "Así", termina Tácito, "el misterio engendra terror y una piadosa aversión a preguntar qué puede ser aquello que sólo es observado por los hombres destinados a morir."

Es casi seguro que la misión de acompañante de la diosa fue desempeñada por el más famoso de todos los cadáveres de las turberas, el llamado hombre de Tollund (*páginas 152-153*). Descubierto por buscadores de turba en la turbera de Tollund (Jutlandia central) en 1950, se supuso al principio que era la víctima de un crimen reciente. Pero un perspicaz te-



Primorosos adornos en bronce adornan los adrales de este coche de tamaño natural y la lanza por medio de la cual se enganchaba a un caballo.

niente de la policía tuvo la idea de comunicar el hallazgo al profesor P. V. Glob, el hombre que había excavado el poblado agrícola de Barkaer. Como el profesor Glob estaba entonces dando conferencias en la cercana Universidad de Aarhus, pudo acudir a la turbera de Tollund inmediatamente. Más tarde describió lo que vio a su llegada a aquel lugar, un paraje desolado rodeado por altas colinas cubiertas de brezos: "En el talud de la turbera, a unos 2 m de profundidad, yacía encogida una figura humana todavía a medio enterrar. Un pie y un hombro sobresalían, perfectamente conservados pero de un color pardo oscuro, como la turba circundante que le había teñido la piel. Apartamos cuidadosamente la turba y apareció una cabeza inclinada. A la escasa luz del crepúsculo, vimos ante nosotros la forma de un hombre. Estaba acurrucado, con las piernas replegadas hacia su tronco y los brazos doblados, echado sobre un costado, como si durmiera. Sus ojos estaban cerrados apaciblemente." Pero Glob observó que "sus cejas estaban fruncidas y su boca mostraba una ligera mueca de irritación, como si estuviera disgustado por esta inesperada interrupción de su reposo".

El hombre de Tollund estaba desnudo, a excepción

de un gorro de piel en la cabeza, un cinturón de cuero y una retorcida cuerda alrededor de su cuello, la cuerda con que había sido ahorcado o estrangulado.

Cubierto de nuevo de turba para evitar que el aire lo destruyera, el cuerpo fue después embalsado y remitido al Museo Nacional, en donde fue minuciosamente examinado. Sus huellas dactilares, su barba sin afeitar y el entrecejo fruncido: todo se podía observar. Su cara era realmente espantosa; no era un retrato del hombre, sino el hombre mismo dispuesto a abrir sus ojos y hablar del mundo que él conoció hace 2.000 años (*página 124*).

Por sus finas facciones y sus delicadas manos, sin señales de haber trabajado, se cree que el hombre de Tollund fue un jefe o sacerdote de la tribu. En las culturas antiguas, las personas de elevado rango eran a veces sacrificadas pensando que sus poderes especiales beneficiarían a la colectividad. Por la autopsia practicada al hombre de Tollund, se sabe que fue alimentado con una comida especial 12 ó 24 horas antes de morir. La comida había consistido en una bebida compuesta de diferentes clases de cereales, unos silvestres y otros cultivados. "Precisamente eran las semillas", como dice el profesor Glob, "que fueron

sembradas durante el viaje primaveral de la diosa por el país para que germinasen, crecieran y madurasen." De estos indicios se deduce que el hombre de Tollund actuaba como consorte de la diosa durante las fiestas de la siembra de primavera. Después de haber escoltado a la deidad y participado de su comida ritual, el hombre representó el último acto del drama y fue sacrificado para que la tierra produjera nueva vida.

En la época en que murió, en el siglo I a. de C., el prolongado aislamiento de Escandinavia llegaba a su fin. Las tribus celtas, atacadas en un flanco por las hordas germánicas y en otro por los romanos, habían sido finalmente subyugadas por los ejércitos de Julio César. Después de una solución de continuidad de 500 años, los escandinavos estaban otra vez en relación con los pueblos mediterráneos. Los contactos eran evidentes, a juzgar por los objetos romanos que comenzaron a entrar en Escandinavia: espadas y tahalíes, monedas y valiosas obras de arte en bronce, plata y cristal creadas por los artesanos de Roma. Algunos de estos objetos procedían, sin duda, del botín conquistado por los escandinavos en incursiones contra las guarniciones romanas de las ciudades que se extendían a lo largo del Rin. Otros eran trofeos ganados por los guerreros del norte como mercenarios de Roma. Y seguramente algunos de los objetos más preciados eran regalos ofrecidos por los embajadores

romanos a los jefes de las tribus o poblados escandinavos amigos.

Junto con los productos romanos penetraron las ideas y costumbres de Roma. Los artesanos del norte asimilaron paulatinamente los diseños y técnicas romanas en su metalurgia. La secular práctica de cremación de cadáveres comenzó a caer en desuso, al mismo tiempo que los hombres del norte adoptaban las ideas romanas acerca de la muerte. De nuevo las tumbas estuvieron bien acondicionadas, y los muertos fueron depositados en féretros de madera y acompañados por alimentos y bebidas.

Entre tanto, los escandinavos habían llegado a ser de interés vital para el Imperio Romano, que se había extendido hasta tener fronteras comunes con ellos. En los informes de los generales y en los relatos de escritores como César y Tácito, los hombres del norte fueron descritos para la posteridad. Inicialmente fueron cimbrios y teutones quienes aparecían en aquellos textos; más tarde fueron godos, lombardos, vándalos, burgundios y francos. La continuación de aquellos documentos son las crónicas de los siglos en que la creciente población escandinava, la inundación de sus costas y la escasez de tierra cultivable forzaron a los hombres del norte a abandonar sus hogares y a lanzarse en oleadas sucesivas sobre el mundo mediterráneo, donde su presencia había de modificar profundamente el curso de la historia moderna.

Horribles víctimas de ritos religiosos

En marzo de 1839, un periódico rural llamado *Lecturas amenas para el público danés* trató de un tema macabro en un artículo titulado "Exhumación de un cadáver". Dicho trabajo describía un cuerpo encontrado tres años antes, sujeto por estacas al fondo de una turbera de Jutlandia. Informaba también que el cadáver era de una mujer que se suponía había sido bruja y que las estacas habían sido colocadas por aldeanos supersticiosos para impedir que el espíritu de aquella se levantara para perseguirlos.

Este cuerpo no era el primero que un obrero descubría con su pala, ni tampoco sería el último. Hasta ahora han salido a la luz cerca de 700 hombres de las turberas. Los científicos han determinado que son los restos de seres humanos sacrificados hace 2.400 años. Sin embargo, los escépticos de hoy todavía se aferran a teorías más fantásticas: que son daneses y danesas acusados de brujería, víctimas de asesinatos o personas que se extraviaron en los pantanos. Estos discrepantes sostienen que lo que dicen los hombres de ciencia es completamente imposible.

En 1952, cuando apareció un cuerpo cerca de Grauballe, Dinamarca, los labradores del pueblo insistían en que era el de un tal Cristián el Rojo, un borracho que había desaparecido una noche del año 1887; una vieja juró que conocía su cara. Los científicos y los vecinos discutieron hasta que las pruebas con el carbono 14 fijaron la edad del cadáver en unos 1.600 años. Un periódico declaró terminado el debate con un titular lleno de humor: "Cristián el Rojo es puesto fuera de combate por los átomos."



Una venda de lana cubre aún los ojos de una muchacha que fue sacrificada en Schleswig-Holstein, en el siglo I de nuestra era. Antes de ahogarla, le rasuraron parcialmente la cabeza (página siguiente).

El cuerpo de una joven yace tal como fue encontrado en 1952 en el fondo de una turbera de Schleswig-Holstein. Parece haber sido colocada viva allí y sujeta al fondo con ramas de abedul y una gran piedra para ahogarla. Su cara (perfil de la página anterior) está casi intacta, así como sus piernas.



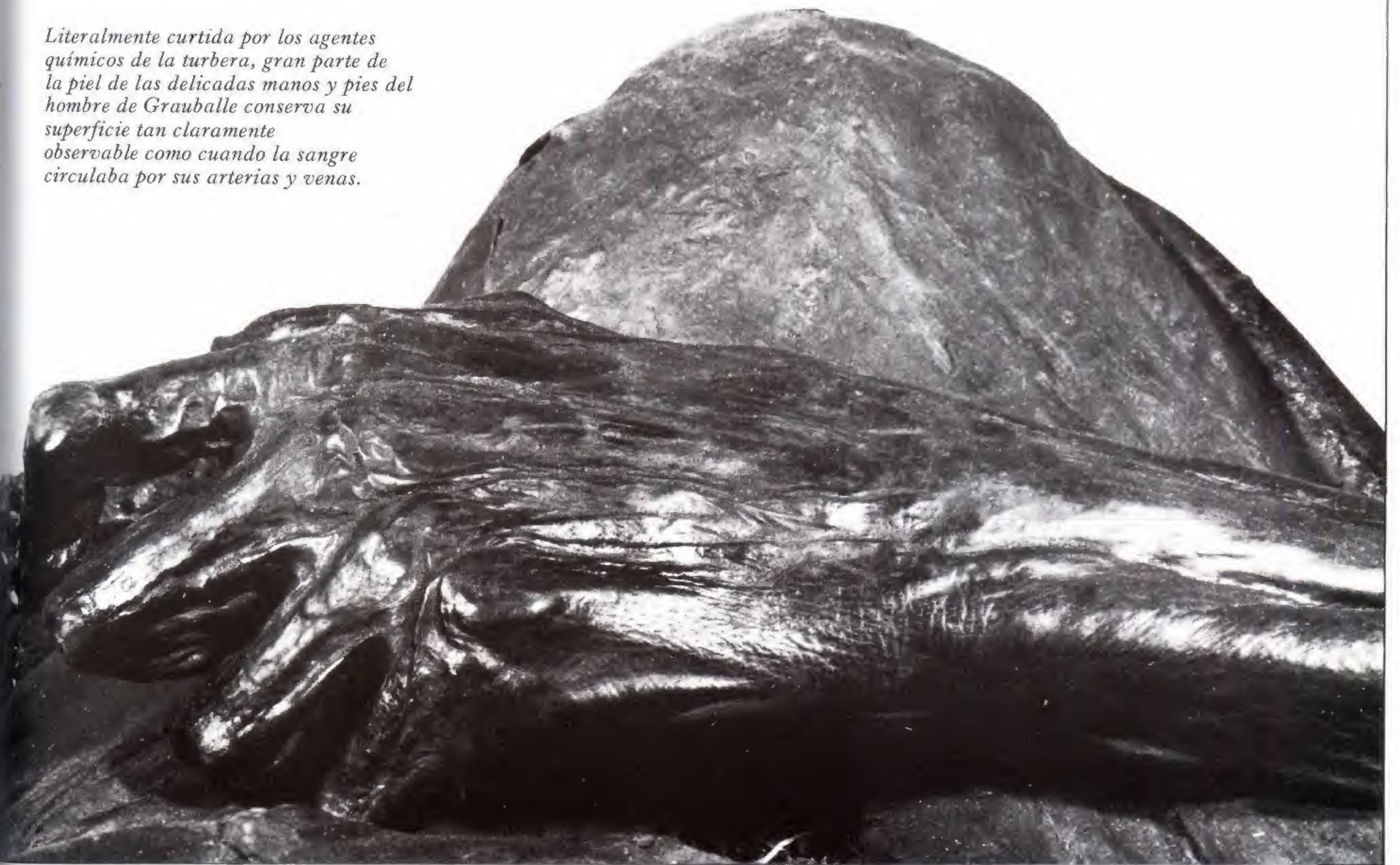




La cabeza del hombre de Grauballe, llamada así por el pueblo cerca del cual se descubrió su cuerpo en 1952, presenta una inequívoca prueba de muerte violenta: su garganta había sido rajada casi desde una a otra oreja (abajo, a la izquierda). Aunque el hombre halló su muerte hace unos 16 siglos, su agonía, expresada por su arrugada frente y la mueca de su boca (arriba, a la izquierda), resulta todavía dramáticamente real.



Literalmente curtida por los agentes químicos de la turbera, gran parte de la piel de las delicadas manos y pies del hombre de Grauballe conserva su superficie tan claramente observable como cuando la sangre circulaba por sus arterias y venas.



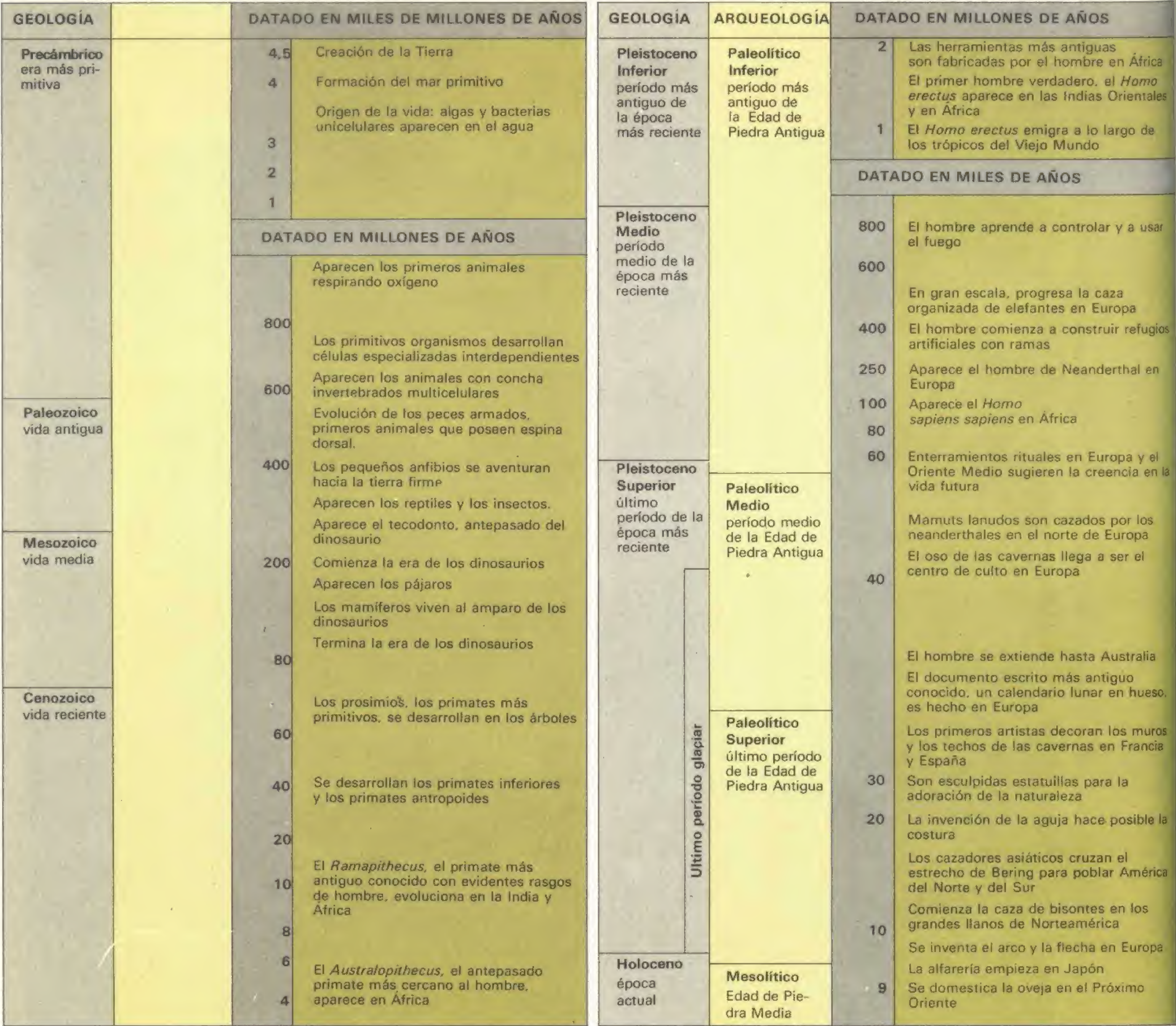




El cuerpo con más apariencia de vida de todos los de la Edad del Hierro descubiertos hasta ahora es el del hombre de Tollund, que parece descansar en un sueño apacible. Pero un dogal alrededor de su cuello destruye la ilusión de tranquilidad: este hombre murió estrangulado o ahorcado antes que su cuerpo fuera ofrecido a los dioses. Había sido cuidadosamente preparado para el sacrificio, con el cabello rapado y la cara afeitada. Cuando se le encontró en la turbera, llevaba solamente un cinturón de cuero y un gorro de piel formado por varias piezas cosidas (izquierda).

El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en



▼ 4.000 millones de años

▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones)

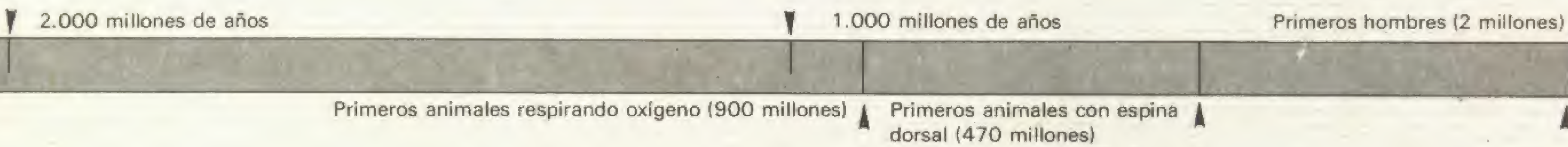
▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia

humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Neolítico Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad Se domestica la cabra en Persia El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial Se inventa el telar en el Oriente Medio
	Edad del Cobre	6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
		3500	Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio Se inventa la rueda en Sumer El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente Se domestica el caballo en Rusia del Sur
	Edad del Bronce		Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo El gusano de seda es domesticado en China
		3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo El arado se desarrolla en el Oriente Medio Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en <i>Gilgamesh</i> y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Edad del Bronce		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo El uso del bronce se propaga a Europa Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
		1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
	Edad del Hierro	800	El uso del hierro se propaga por toda Europa Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa El primer sistema de carreteras es construido en Asiria Homero compone <i>La Ilíada</i> y <i>La Odisea</i> Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia Ciro el Grande gobierna el imperio persa Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos <i>Mahabharata</i> y <i>Ramayana</i> acerca de los dioses y los héroes de la India Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana



Procedencia de las ilustraciones

Las fuentes mencionadas de izquierda a derecha están separadas por un punto y coma; de arriba abajo, por guiones.

8-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 12, 13-Paolo Koch de Rapho Guillet. 15-B. Primdahl. 16-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 19-Derek Bayes, gentileza del British Museum, Londres. 20, 21-Mapas preparados por el Dr. S. A. Andersen, Sociedad de Investigación Geológica, Copenhague. 23 a 33-Centro de Investigaciones Histórico-Arqueológicas de Roskilde. 34-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 36, 39-© Paal-Nils Nilsson/Tiofoto, Estocolmo. 40-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague-Sören Hallgren para el Museo Nacional de Historia/ATA, Estocolmo. 42-Museo Tromsø, Tromsø, Noruega. 43-Museo de la Universidad de Trondheim, Noruega-Museo Nacional de Antigüedades, Universidad de Oslo. 45, 46-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 48 a 53-Dibujos de Saul Lambert. 54-Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 56 a 59-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 60-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague, excepto el centro, gentileza del Museo Nacio-

nal de Historia, Estocolmo. 62, 63-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague, excepto arriba de la página 62, Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 64-Inga Aistrup. 67-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 69, 70-© Paal-Nils Nilsson/Tiofoto, Estocolmo. 71-Gentileza del profesor Bertil Almgren, Universidad de Uppsala. 72, 73-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; © Paal-Nils Nilsson/Tiofoto, Estocolmo. 74-Inga Aistrup. 76, 77-Gentileza del Museo Nacional de Historia/ATA, Estocolmo. 81-Profesor Maarten Stenberger. 82, 83-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 85-Ken Kay, gentileza del Dr. Curt W. Beck, Vassar College. 86, 87-Ken Kay, gentileza del Dr. Curt W. Beck, Vassar College, excepto abajo izquierda, Dr. Roman Vishniac. 88-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 89-Staatsbibliothek, Berlín. 90, 91-Patrick Thurston, gentileza del British Museum, Londres. 92-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 94-Gentileza del Museo Nacional de Historia/ATA, Estocolmo. 96, 97-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 99-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 100-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 101-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 102-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 105-Gentileza del

Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague-Gentileza del Museo Nacional de Historia/ATA, Estocolmo-Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 106, 107-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 108-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 109-Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 111, 112-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 114-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague, dibujo de Johannes Glob; Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 115-Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 117-Gentileza del Museo Nacional de Historia, Estocolmo. 119 a 123-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 124-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 127-Gentileza del Museo Nacional de Historia/ATA, Estocolmo. 128, 129-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 130-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 133 a 136-Erich Lessing de Magnum, gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 138, 140, 143, 144, 145-Gentileza del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. 147, 148, 149-Landesmuseum für Vor- und Frühgeschichte, Schloss Gottorf, Schleswig. 150, 151-Förhistorisk Museum, Moesgaard. 152, 153-Lennart Larsen para el Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague.

Agradecimientos

Los editores agradecen a las siguientes personas la ayuda prestada en la preparación de este libro: Bertil Almgren, jefe del Departamento de Arqueología Nordeuropea, Universidad de Uppsala, Uppsala, Suecia; Jens Bekmose, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; Arne Emil Christensen, conservador del Departamento Arqueológico del Museo de Antigüedades Nacionales, Universidad de Oslo; Ulf Erik Hagberg, Departamento de Arqueología Nordeuropea, Universidad de Uppsala, Uppsala, Suecia; Poul Simonsen, director del Museo Tromsø, Tromsø, Noruega; C. Leif Vebæk, conservador del Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague. Los editores manifiestan

también su gratitud a The American Scandinavian Foundation, Nueva York; Sra. Anna J. Andersen, viuda del Dr. S. A. Andersen, Sociedad Danesa de Investigación Geológica, Copenhague; Curt W. Beck, profesor de Química, Vassar College, Poughkeepsie, Nueva York; Alessandro Bedini, inspector, Superintendencia de Antigüedades, Roma; Gianfilippo Carettoni, superintendente, Superintendencia de Antigüedades, Roma; Soeren Dyssegaard, Oficina Danesa de Información, Nueva York; P. V. Glob, director, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; Hans Ole Hansen, director del Centro de Investigación Histórico-Arqueológica de Roskilde, Dinamarca; Werner Hermann, asesor, Instituto Arqueológico alemán; Sidney Horenstein, asesor científico, Museo

Americano de Historia Natural, Nueva York; Ole Klindt-Jensen, director, Museo Prehistórico, Moesgaard, Dinamarca; Ole Malling, Centro de Investigación Histórico-Arqueológica de Roskilde, Dinamarca; Marinella Montagna-Pasquinucci, Instituto de Prehistoria, Universidad de Pisa, Pisa, Italia; Elisabet Munksgaard, bibliotecaria, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; Svend Nielsen, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; Carin Orrling, Museo Nacional de Historia, Estocolmo; Thorkild Ramskou, Museo Nacional de Dinamarca, Copenhague; Brigitte Straubinger, Antiquarian-Topographical Archives (ATA), Estocolmo; Bernard Wailes, profesor de Antropología y conservador del Museo, Universidad de Pennsylvania, Filadelfia.

Bibliografía

- Bass, George F., ed., *A History of Seafaring*. Thames and Hudson, 1972.
- Bibby, Geoffrey, *Four Thousand Years Ago*. Collins, 1962.
- Brogger, A. W., y Shetelig, Haakon, *The Viking Ships: Their Ancestry and Evolution*. Traducido del noruego por K. John, C. Hurst, 1972.
- Butzer, Karl W., *Environment and Archaeology*. Methuen, 1972.
- Caesar, Julius, *War Commentaries*. Ed. J. Warrington. Everyman's Library, 1965, Dent.
- Carson, Rachel L., *The Sea Around Us*. Oxford University Press, 1961, Panther, 1969.
- Childe, V. Gordon, *The Dawn of European Civilization*. Routledge, 1957.
- Clark, Grahame, *The Stone Age Hunters*. Library of Early Civilizations. Thames and Hudson, 1967.
- Coon, Carleton, S., *The Hunting Peoples*. Jonathan Cape, 1972.
- Cornwall, Ian W., *Prehistoric Animals and Their Hunters*. Faber, 1968.
- Daniel, Glyn, *The Megalith Builders of Western Europe*. Kutchinson University Library, 1963.
- Origins and Growth of Archaeology*. Penguin Books, 1967.
- Davidson, Hilda Roderick Ellis, *Gods and Myths of Northern Europe*. Penguin Books, 1969.
- Pagan Scandinavia*. Thames and Hudson, (Ancient Peoples and Places), 1967.
- Scandinavian Mythology*. Paul Hamlyn, 1969.
- Ehrich, R. W., ed., *Chronologies in Old World Archaeology*. University of Chicago Press, 1965.
- Glob, P. V., *The Bog People: Iron Age Man Preserved*. Traducido del danés por Rupert Bruce-Mitford, Faber, 1969.
- Denmark: Danish Prehistoric Monuments: Denmark from the Stone Age to the Vikings*. Traducido del danés por Joan Bulman, Faber, 1971.
- Green, Roger Lancelyn, *Myths of the Norseman*. Bodley Head, 1962, Puffin and Penguin Books, 1970.
- Hagen, Anders, *Norway*. (Ancient Peoples and Places). Thames and Hudson, 1967.
- Kivikoski, Ella, *Finland*. Traducido del finlandés por Alan Binns, (Ancient Peoples and Places). Thames and Hudson, 1967.
- Jensen, O. Klindt-, *Denmark before the Vikings*, (Ancient Peoples and Places). Thames and Hudson, 1957.
- Landstrom, Bjorn, *The Ship*. Allen and Unwin, 1969.
- Oxenstierna, Eric Graf, *The World of the Norsemen*. Traducido del alemán por Janet Sondheimer. Weidenfeld and Nicolson, 1967.
- Piggott, Stuart, *Ancient Europe*. Edinburgh University Press, 1965.
- Polome, Edgar, C., ed., *Old Norse Literature and Mythology*. University of Texas Press, 1970.
- Singer, Charles E., ed., *A History of Technology*. Oxford University Press, 1954.
- Somme, A., *A Geography of Norden*. Heine-mann Educational Books, 1969.
- Tácito, *The Agricola and the Germania*. Traducido del latín por H. Mattingley, Penguin Books, 1970.
- Wilson, David McKenzie, *The Vikings and Their Origins*. Thames and Hudson, 1970.

Índice

Los números en cursiva indican páginas ilustradas

A

- Aamosen, dolmen de, 64
- Alacaluf, indios, 76-77
- Alimento marino, 40-41
- Als, *mapa* 10, 82
- Ambar, 65, 80, 85, 86-87
- Amuletos, 34, 36, 88
- Comercio, 15, 78, 80, 90, 98-103, 126
- Incrustaciones, 109
- Talla, 34, 85, 89-91
- Animales: domésticos, 10, 30-31, 47, 57, 65, 72-73, 95, 129, 131
- Sacrificios de, 36, 37, 48-49, 50, 75, 113

- Salvajes, 35, 39, 46
- Arado prehistórico, 26, 72, 110, 130, 131, 137
- Arco y flechas, 14, 35, 37
- De Holmegaard, 47
- Ard, 26, 110, 130, 137
- Armaduras, 83, 104, 106, 111
- Armas: de bronce, 15, 93, 98, 104, 108-109
- De caza, 14, 35, 36, 37, 47, 66, 76-77
- De hierro, 83, 108, 126
- De hueso, 14
- De piedra, 14, 65, 66, 108
- Ofrendas de, 50-51, 83, 84
- Arqueología, 56
- Análisis polínico, 58-59
- Comienzos de la, 14-18
- Investigación danesa reviviendo la antigüedad, 23-33, 59, 61, 74, 132, 137, 139

- Sistema de las tres edades, 16-17, 18
- Artes de pesca, Maglemose, 44
- Asta, utensilios de, 36, 37, 40, 44, 60, 76-77, 79
- Avena, 110

B

- Babor, origen del término, 84
- Balsas, 75
- Báltico, mar, *mapa* 10, 75
- Cambios en, *mapas* 20-21, 40
- Bárbaros, origen de la palabra, 14
- Barcos: Véase Embarcaciones
- Barkaer, *mapa* 10, 67, 80, 110, 131, 132, 145
- Establecimiento agrícola, 57, 58, 61, 64-66
- Becker, C. J., 79
- Bestias de carga, 72, 95, 110, 130, 137, 139

- Bibby, Geoffrey, 14
 Boemlo, *mapa* 10, 80
 Bohuslaen, *mapa* 10
 Grabados en la roca, 72, 110, 113
 Bornholm, 9, *mapa* 10
 Borremose, *mapa* 10
 Cuerpos hallados en el marjal de, 131-132, 142
 Poblado de la Edad del Hierro, 131-132, 138, 139, 141
 Bosques, 40, 47, 55, 128
 Limpieza de los, por tala e incendio, 57, 59, 61
 Botín de guerra, sacrificios de, 11, 50-51, 83, 84
 Bromme, *mapa* 10, 39
 Bronce, 97, 103, 119
 Introducción en Escandinavia, 97-98, 108
 Sustitución por el hierro, 108, 126
 Bronce, artefactos de, 94, 119
 Armas, 15, 93, 98, 104, 108-109, 126
 Artículos de aseo, 102, 105
 Carro del sol, 96-97, 113
 Cascos, 104, 106, 111
 Figuritas, 8, 106-107, 111
 Lures, 92, 98, 113, 116
 Puñales, 93, 101, 104
 Bronce, Edad del, 17, 48, 50, 90, 93-118, 125
 Barcos, 69, 80-82, 103
 Clima, 103, 107, 128
 Decadencia, 125-126
 Designación, 16-17
 Entierros, 93, 99, 116, 117, 118, 125
 Estilo de vida, 103-104, 106-107, 110
 Grabados, 69-73, 82, 113, 116, 117
 Monumentos en forma de barco, 81, 82, 116
 Vestidos, 93, 101, 104, 106, 107, 110, 114-115
 Bueyes, 72, 95, 103, 110, 130, 137
 Burgundarholm, 9
 Burgundios, 9, 146
- C**
 Caballo, 30, 95, 103, 129, 131,
 De ámbar, 89
 De bronce, 96-97, 113
 Caballones (mojones de tierra), 131
 Cabello, 104
 Trenzas, ofrenda ritual, 112
 Calzado, 93, 104, 140
 Canoas: de piel, 15, 76
 De planchas, 82-84
 Vaciadas en troncos, 15, 47, 74, 75, 76-77
 Carabelas, 83
 Carbono-14, datación por el, 147
 Carro del Sol, objeto de bronce, 96-97, 113
 Carros, 95, 103, 144-145
 Cascos, Edad del Bronce, 104, 111
 Castigo de los criminales, 52, 142
 Cazadores, 35, 57, 61, 98, 129
 Armas, 14, 35, 36, 47, 65-66, 76-77
 Perros que usaban, 47
 Presas, 46 (*Véase también* Reno)
 Sacrificio de una pieza escogida, 11, 36, 37, 48-49
 Cazadores de renos, 14, 35, 40-41, 47
 Botes, 76
 Cro-Magnon, 35
 Emplazamientos, 11, 35-37, 40, 41
 Fosna, *mapa* 10, 11, 41
 Komsa, *mapa* 10, 11, 41
 Cebada, 26, 47, 61, 110, 137
 Celtas, 125, 126, 144, 146
 Caldero de Gundestrup, atribuido a los, 132, 133
 Cera perdida, fundición por la, 98
 Cerámica, 15, 28, 106, 127, 137, 139
 Decorada, de la Edad de Piedra, 62-63
 De la Edad del Bronce, 106-107
 Horno, reconstrucción, 28
 Importante adelanto cultural, 57
 Primitivos escandinavos, 11, 56-57
 Pueblos de los concheros, 56-57, 59
 Pueblo del vaso campaniforme, 65
 Cerdos, 30, 47, 129
 Cereales, 26, 110, 137
 Molienda, 26, 65
 Trilla, 31
 César, Julio, 11, 14, 146
 Cimbrios, 9, 129, 132, 133, 146
 Clark, J. G. D., 79
 Clima escandinavo, variaciones, 9, 14, 15, 18-19, 39, 47, 55, 84, 103, 125, 128-129
 Cobre, 65, 80, 88, 95, 103
 Escasez en Escandinavia, 88, 97, 126
 Hacha de combate de, 95
 Collares, 93, 119, 125, 128-129, 136, 142
 Combustible, 57, 141
 Comercio, 15, 90, 103, 125, 126, 146
 Por mar, 75, 77-78, 79-80, 103
 Concheros, pueblo de los, 11, 55-57, 67
 Emplazamientos, 55, 56, 57
 Utensilios, 58-59
 Cráneo, Edad de Piedra, 54
 Cremación, 125, 146
 Urna crematoria, 127
 Cristian VIII, rey de Dinamarca, 17
 Cro-Magnon, hombre de, 35, 41
 Cuerda, faldas de, Edad del Bronce danesa, 93, 101, 104, 106
 Cuerpos prehistóricos bien conservados, en Escandinavia, 22, 93-94, 99, 124, 131-132, 144-145, 147-153
 Cuevas subterráneas, 131
 Cultivos, 26, 110, 137
- D**
 Defensas, del marjal de Borremose, 132, 138
 Dinamarca, 103
 Modernos métodos arqueológicos, 23-33, 59, 61, 74, 132, 137, 139
 Nacimiento de la arqueología, 15-18
 País insular, 55, 75
 Diorita, 79-80
 Pulimentada, 40
 Diosa madre, 8, 62, 68, 113, 142, 144
- Dioses, 136
 Dios Sol, 116
 Diosa madre de la fertilidad, 8, 9, 62, 68, 113, 142, 144, 145-146
 Disco con punta de bronce, utilizado por las mujeres, 93, 100, 104, 106, 125-126
 Dolmen, 64, 67
 De corredor, 11, 68
 Drammen, grabados en la roca, 42
- E**
 Edad de Piedra, 17, 35-47, 48
 Barcos, 74, 75-76
 Cazadores, 37-47
 Culturas (*Véase* Fosna, Komsa, Maglemose)
 Grabados en rocas, 41, 42-43, 69
 Edad del Hierro, 17, 20, 48, 82, 125-146
 Inicio, 125-126
 Poblado reconstruido, 23, 24-33, 132, 137, 139
 Sacrificios, 48, 50-53, 75, 124, 125-126, 141-142, 143, 144-145
 Variaciones climáticas, 125, 128-129
 Vestidos, 24, 28, 29, 32-33, 139
 Edda Poético, 35, 125
 Egtved, *mapa* 10
 Muchacha de, 93, 99, 101, 116, 125
 Embarcaciones, 11, 15, 47, 75, 77, 80, 82-84
 Canoa de guerra de Hjortspring, 82-83, 84
 De doble proa, 82, 83, 84, 103
 Edad del Bronce, 69, 80-82, 103
 Edad del Hierro, 82-83, 84, 129
 Edad de Piedra, 74, 75-76
 En tingladillo, 83-84
 Mitología, 116
 Monumentos de la Edad del Bronce, 81, 82, 116
 Sacrificios de, 50-51, 83, 84
 Emplazamientos: cazadores de Maglemose, 11, 46
 Cazadores de renos, 11, 35-37, 41
 Pueblo de los concheros, 11, 55-56
 Erteboelle, *mapa* 10
 Cerámica, 59
 Escandinavia: cambios climáticos, 9, 14, 15, 18-19, 39, 47, 55, 98, 125, 128-129
 Cambios del terreno, *mapas* 20-21, 40, 46
 Llegada del hombre, 14-15, 18
 Paisaje, 12-13, 18-19
 Escritura rúnica, 17
 Escudos de madera, 83
 Espadas: de bronce, 104, 108, 109, 126
 De hierro, 126
 Esquíes, 35, 43
 Estaño, 80, 88, 97, 103, 126
 Estríbor, origen del término, 84
 Extracción: sílex, 78-79
 Diorita, 79
- F**
 Falda de cuerdas, Edad del Bronce danesa, 93, 101, 104, 106
 Federico VII, rey de Dinamarca, 17

Féretro de roble, 93, 99, 103, 118
 Figuritas de bronce, 8, 106-107, 111
 Flechas, 37
 Fortificaciones: *Véase* Defensas
 Fósiles, 54
 En turberas (*Véase* Hombres de los pantanos)
 Hallazgos en Escandinavia, 18
 Fosna, cultura de, *mapa* 10, 11, 40, 79
 Francos, 10, 146
 Fundición del metal, 98, 108, 122
 Moldeado, 98, 109
 Por el método de la cera perdida, 98
 Funen, *mapa* 10
 Puñal de sílex de, 67, 98

G
 Galias, invasión de las, por los hombres del norte, 9, 11
 Ganado, 30, 31, 47, 57, 95, 129, 139
 Ganges, botes del, 83
 Geer, barón Gerard de, 19
 Germania (Tácito), 11
 Germania, tratos comerciales con Escandinavia, 80
 Germánicas, tribus, 50, 146
 Getica (Jordanes), 10
 Glaciación, *mapas* 20-21
 Glob, Peter Vilhelm, 57, 67, 145
 Godos, 9, 146
 Gotlandia, 9, *mapa* 10
 Grano: *Véase* Cereales
 Grauballe, hombre de, 147, 150-151
 Grecia: escritos relativos a los nórdicos, 10, 11, 14
 Exportación de ámbar, 80, 85, 90
 Influencia en el norte, 107, 115
Guía de las Antigüedades Escandinavas (Thomson), 16
 Gundestrup, caldero de plata, 132, 133-136, 142
 Gustavo VI, rey de Suecia, 17
 Gustavo Adolfo II, rey de Suecia, 17

H
 Hacha de combate, pueblos del, 95
 Hachas: de asta, 36, 40, 60
 De bronce, 108, 109
 De piedra, 15, 40, 47, 59, 60, 65-66, 75, 78
 Enmangadas, 15, 37, 60, 75
 Evolución, 60, 65-66
 Hachas de combate: de bronce, 108, 109
 De cobre, 95
 De piedra, 66, 95
Hamlet (Shakespeare), 94
 Hespriholmen, 79-80
 Hierro de los pantanos, 126
 Hilatura, 29, 107, 110
 Hoces, 26, 139
 Holmegaard, *mapa* 10, 47
 Hombres de los pantanos, 22, 124, 131-132, 142, 144-145, 147-153
 Datación por el carbono 14, 147

Hombria de los nórdicos, 11, 130
 Horno, reconstrucción, 28
 Hospitalidad, fama de los hombres del norte, 130
 Hueso: grabados en el, 46
 Utensilios de, 14, 36, 45, 54, 58, 60, 76-77, 79
 Humanos, sacrificios, 11, 52-53, 75, 113, 118, 124, 134, 142, 144-145, 147-149, 152-153

I

Idioma, 95
 Inmigrantes nómadas del este de Europa, 11, 95, 139
 Pueblos del hacha de combate, 95
 Instrumentos de metal, 98, 106
 Réplica en piedra, 65, 66, 67, 95, 98
 Instrumentos musicales, 135
 Lures, 70, 92, 98, 113, 116
 Islas Británicas: unión con Escandinavia, 40, 46, 55
 Comercio con, 80, 97
 Fuente de estaño, 10, 80, 97
 Italia, invasión por los nórdicos, 9-10
 Iversen, Johannes, 59-61

J

Jordanes, monje, 10
 Jutlandia, 9, *mapa* 10, 35, 46, 55, 57, 77, 95, 147
 Jyderup, *mapa* 10, 46

K

Kivik, *mapa* 10
 Túmulo sepulcral de, 116, 117
 Komsa, cultura, *mapa* 10, 11, 41
 Grabados en la roca, 41, 42

L

Lagerhelm, Gustav, 58
 Lagos, 19, 75
 Fuente de datos arqueológicos, 19, 22
 Sacrificios en, 36, 48-53, 75, 83, 84, 110, 125. *Véase también* Pantanos
 Lámpara de aceite de los concheros, 57, 59
 Lejre, *mapa* 10
 Centro de investigación arqueológica, 23, 24-33, 132, 137, 139
 Líneas de la vida, en dibujos de animales, 43, 45
 Lino, 26, 110
 Lolland, *mapa* 10, 79
 Lombardos, 9, 146
 Lures (trompetas), 70, 92, 98, 113, 116

M

Madera: talla, 47
 Utensilios, 79, 106-107
 Maglemose, *mapa* 10, 11, 47, 55, 76, 107
 Artes de pesca, 45, 107
 Mar del Norte, *mapa* 10, 75
 Cambios, 40, 46, 55
 Conexión con el mar Báltico, *mapas* 20-21

Matrimonio, costumbres, 130-131
 Meiendorf, *mapa* 10, 80
 Emplazamiento de, 36-37
 Meilgaard, *mapa* 10, 55, 56
 Metal, trabajo del, 15, 80, 94, 95, 97-98, 119-123, 125-126
 Metales: comercio, 80, 90, 103
 Escasez de cobre y estaño en Escandinavia, 88, 126
 Yacimientos de hierro, 126
 Metalistas, 97, 98, 106, 128
 Mijo, 110, 137
 Mitología, 116
 Moen, *mapa* 10, 79
 Moldeado del metal, 97, 98, 109
 Molienda, 26, 65
 Molino de harina, 26
 Monumentos de piedra, 11, 67-68
 Dolmen, 64, 67
 Dolmen de corredor, 11, 68
 En forma de barco, 81, 82, 116
 Túmulos, 116, 117
 Monumentos en forma de barco, 81, 82, 116
 Mujeres: Edad del Bronce, 104
 Edad del Hierro, 130-131
 Museo Nacional, Dinamarca, 16, 55, 59, 97, 113, 133

N

Navegación, 78
 Neanderthal, hombre de, 18, 41
 Neolítico, 17, 65
 Nerthus, madre tierra, 144
 Nómadas inmigrantes del este de Europa, 11, 95, 139
 Pueblos del hacha de combate, 95
 Nyerup, Rasmus, 15-16, 18, 22

O

Odín (Wodan), dios, 144
 Orden social: Edad del Bronce, signos de jerarquía, 93, 99, 100-101, 103, 104-105, 108, 118
 Edad del Hierro, nivelación, 125, 126, 128
 Oro, 80, 88, 103, 119, 125
 Instrumentos, 15, 119
 Joyas, 93, 104, 106, 114, 119, 120-121
 Vasos, 122-123

P

Paisaje escandinavo, 12-13, 18-19
 Paleolítico, 17
 Palle, Laurant, 56
 Pan, 27
 Pantanos: *Véase* Turberas
 Pedersen, Ragnar, 15
 Peines: de bronce, 93, 102
 De hueso, 56, 58
 Períodos glaciares, 18-19, 20
 Perros, usados en la caza, 47
 Pesca, 14, 41, 46, 55
 Utensilios, 45, 76-77, 107
 Piedra, utensilios, 15, 17, 18, 36, 37, 40, 44, 60, 61, 65-66, 78-80, 95

- Materiales empleados, 40, 79
 Métodos de producción, 60, 65
 Piedra pulimentada, Edad de la (Neolítico), 17, 65
 Piel, canoas, de, 15, 76
 Piel, 11, 103
 Comercio de, 15, 103
 Piteas de Marsella, 10
 Pizarra, instrumentos de, 45
 Plantas, 35, 39, 47, 55, 61, 128
 Análisis polínico, 58-59, 61
 Plata, 88
 Caldero de Gundestrup, 132, 133-136, 142
 Po, valle del, invasión por los hombres del norte, 9
 Población: crecimiento, 84, 110, 146
 Mezcla de pueblos, 97
 Polen, análisis del, 58-59, 61
 Post, Lennart von, 58
 Prehistoria, división en períodos cronológicos, 16
 Presas, 46
 Ofrecimiento en sacrificio, 11, 36, 37, 48-49, 50. Véase también Renos
 Proa de dragón, barcos vikingos, 84
 Puntas de arpón, 37, 76-77
 De flecha, 37, 54
 Puñales: de bronce, 93, 101, 104
 De sílex, 67, 98
R
 Regalo nupcial, 131
 Religión 48-53, 67, 68, 125, 142-144, 145
 Relación de grabados en la roca con, 69, 71, 113
 Reno, 38-39, 40, 46
 Como fuente de materias primas, 35
 Ritos funerarios, 11, 17, 67-68, 93, 95, 99, 116, 117, 118, 125, 146
 Roble, ataúdes de, 93, 99, 103, 118
 Roedoe, roca grabada en, 43
 Roma, 146
 Escritos sobre los nórdicos, 10, 11, 14, 129-131, 142, 144, 146
 Exportación de ámbar a, 88, 80
 Influencia sobre los nórdicos, 126, 142, 146
 Guerras contra los nórdicos, 9, 50, 129, 146
 Rueca y huso, 110
 Rust, Alfred, 36-37
S
 Sacerdote, 144
 Sacrificios, 11, 48-53, 75, 113, 125, 142, 143
 De animales, 36, 37, 48-49, 50, 75, 113
 De arados, 110

- De botín de guerra, 11, 50-51, 83, 84
 De seres humanos, 11, 52-53, 75, 113, 118, 124, 134, 142, 144-145, 147-149, 152-153
 Ofrendas en los edificios, 64-65, 141
 Ofrendas en tumbas, 67, 99, 100-102, 116, 118, 125, 146
 Schleswig-Holstein, *mapa* 10, 35
 Muchacha de, 147-149
 Seeland, *mapa* 10, 39, 44, 46, 113
 Minas de estaño, 79
 Segrebo, *mapa* 10, 39
 Shakespeare, William, 94
 Sílex, minería del, 78-79
 Sistema de las tres edades, 16-17, 18
 Skogervn, acantilado de, 43
 Skrydstrup, *mapa* 10
 Joven de, 93
 Sol, carro del (bronce), 96-97, 113
 Stavanger, *mapa* 10, 113
 Steensberg, Axel, 61
 Steinheim, hombre de, 18
 Stellmoor, *mapa* 10
 Emplazamiento de, 37, 39
 Swanscombe, hombre de, 18
T
 Tácito, 11, 14, 129-131, 142, 144, 146
 Talla: en ámbar, 34, 85, 89-91
 En hueso, 46
 En madera, por el pueblo de Maglemose, 47
 En piedra, 116, 117
 Tejido, 28, 29, 107, 110, 137, 139
 Telar, 28, 29, 110, 137
 Thomsen, Christian Jurgensen, 16, 17, 18, 22, 55
 Tiendas de los cazadores, 35, 37
 Tingladillo, embarcaciones construidas en, 83-84
 Tollund, *mapa* 10
 Hombre de, 124, 144-145, 152-153
 Torques (collares), 93, 119, 125, 128-129, 136, 142
 Tótem, 39, 48
 Transporte, 75
 Carros y animales de tiro, 95, 103, 144-145
 Esquí y trineos, 35
 Tres edades, sistema de las, introducción, 16-17, 18
 Trigo, 26, 47, 61, 110, 137
 Trilla, 31
 Trineos, 35
 Trompetas, 135. Véase también Lures

- Tumbas, 11, 67-68, 99, 125, 146
 Dolmen de corredor, 11, 68
 Monumentos en forma de barco, 81, 82, 116
 Ofrendas rituales en, 67, 68, 99, 100-102, 118
 Túmulos sepulcrales, 93, 95, 99, 103, 116, 117, 118, 125
 Túmulo sepulcral, 118
 De Kivik, 116, 117
 Tundra, 35, 38-39, 44
 Turberas, 19, 22, 36-37, 57-58, 82, 114, 144, 147
 Lagos sagrados de los nórdicos, 36, 48-53, 84, 110, 125
U
 Ulkestrup, *mapa* 10, 47
 Umiak, 76
 Urna crematoria, 127
 Uro, 46
 Instrumento tallado en hueso de, 46
 Utensilios, 14, 15, 45, 47, 65
 Agrícolas, 26, 66, 72
 Domésticos, 27
 De metal, 98
 De pesca, 44, 76-77, 107
 De piedra, 79
V
 Vándalos, 9, 146
 Vasijas: de oro, 122-123
 De metal y madera, frente a la cerámica, 106-107
 Vaso campaniforme, cultura del, 94
 Vestidos: Edad del Bronce, 93, 101, 104, 106, 107, 110, 114-115
 Edad del Hierro, 24, 28, 29, 32
 Lana, 28, 29, 32-33, 93, 101, 104, 107, 110, 114, 115
 Piel, 11, 35
 Vikingos, 48, 75, 78, 84
 Viksoe, casco de bronce de, 111
 Viviendas: carencia de muebles, 27
 Comunidad agrícola de Barkaer, 64-65, 131
 Convivencia de hombres y ganado, 30-31, 32, 129, 131, 137
 De la Edad del Bronce, 103
 De la Edad del Hierro, 129, 131, 132, 141
 Reconstrucción de una vivienda de la Edad del Hierro, 24-27, 30-33, 132, 137, 141
W
 Wodan (Odín), dios, 144
 Worsaae, Jens Jacob Asmussen, 17-18, 19, 55, 132

Títulos publicados

- 1 El Eslabón Perdido (I)
 - 2 El Eslabón Perdido (II)
 - 3 La Vida antes del Hombre (I)
 - 4 La Vida antes del Hombre (II)
 - 5 El Primer Hombre (I)
 - 6 El Primer Hombre (II)
 - 7 El Hombre de Neanderthal (I)
 - 8 El Hombre de Neanderthal (II)
 - 9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
 - 10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
 - 11 Los primeros Americanos (I)
 - 12 Los primeros Americanos (II)
 - 13 El Neolítico (I)
 - 14 El Neolítico (II)
 - 15 Los Constructores de Megalitos (I)
 - 16 Los Constructores de Megalitos (II)
 - 17 El Descubrimiento de los Metales (I)
 - 18 El Descubrimiento de los Metales (II)
 - 19 Los Celtas (I)
 - 20 Los Celtas (II)
 - 21 El Nacimiento de la Escritura (I)
 - 22 El Nacimiento de la Escritura (II)
 - 23 Los Fenicios (I)
 - 24 Los Fenicios (II)
 - 25 Los Hititas (I)
 - 26 Los Hititas (II)
 - 27 Las Primeras Ciudades (I)
 - 28 Las Primeras Ciudades (II)
 - 29 Las Primeras Culturas de Grecia (I)
 - 30 Las Primeras Culturas de Grecia (II)
 - 31 Los Israelitas (I)
 - 32 Los Israelitas (II)
 - 33 Los Etruscos (I)
 - 34 Los Etruscos (II)
 - 35 Los Persas (I)
 - 36 Los Persas (II)
 - 37 Los Primeros Jinetes (I)
 - 38 Los Primeros Jinetes (II)
 - 39 Los Hombres Nórdicos (I)
 - 40 Los Hombres Nórdicos (II)
-

ORIGENES DEL HOMBRE



Los Hombres Nórdicos (II)

TIME
LIFE

folio